

FUNDACIÓN 1 DE MAYO

# Informes

FUNDACION  
1 MAYO  
1988-2013

25

67 · NOVIEMBRE 2013

**FORO DE REFLEXIÓN SOBRE RENOVACIÓN, DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA**

## **NEOCONSERVADURISMO, NEOLIBERALISMO Y CRISIS DE LA DEMOCRACIA: UN NUEVO CICLO DE PROTESTAS**



[WWW.1MAYO.CCOO.ES](http://WWW.1MAYO.CCOO.ES)

NEOCONSERVADURISMO, NEOLIBERALISMO Y  
CRISIS DE LA DEMOCRACIA: UN NUEVO CICLO DE PROTESTAS

FUNDACIÓN 1º DE MAYO  
C/ Longares, 6. 28022 Madrid  
Tel.: 91 364 06 01  
1mayo@1mayo.ccoo.es  
www.1mayo.ccoo.es

COLECCIÓN INFORMES, NÚM: 67  
ISSN: 1989-4473  
© Madrid, Noviembre 2013

**TRABAJOS DEL FORO DE REFLEXIÓN SOBRE RENOVACIÓN, DEMOCRACIA Y CIUDADANÍA**

INFORMES, NÚM. 64: PRESENTACIÓN DEL FORO

RECUPERAR EL IMPULSO CÍVICO | **FÉLIX TABERNA**

INFORMES, NÚM. 67: NEOCONSERVADURISMO, NEOLIBERALISMO Y CRISIS DE LA DEMOCRACIA: UN NUEVO CICLO DE PROTESTAS | **PEDRO CHAVES**

# Neoconservadurismo, neoliberalismo y crisis de la democracia: un nuevo ciclo de protestas<sup>1</sup>

PEDRO CHAVES GIRALDO

Profesor de Ciencia Política en la Universidad Carlos III de Madrid

*«Cuando el noble enseñe al sastre su empleo  
y, en lugar de herejes, ardan los puteros,  
será porque el reino de Albión  
ha entrado en la gran confusión.  
Cuando en todo pleito se haga justicia,  
Y amo y escudero sin penurias vivan;  
Cuando nuestras lenguas no murmuren más  
Y nuestros rateros dejen de robar;  
Cuando el usurero saque sus reservas  
Y erijan iglesias putas y alcahuetas,  
Un tiempo habrá entonces, ¿Y quién lo verá?  
En que nuestros pies sirvan para andar».*

***Profecía del Bufón (Final III.ii), El Rey Lear, Shakespeare, 1605.***

## RESUMEN

El artículo propone un análisis sobre el 15M en el contexto de la crisis de la política que viven nuestras sociedades. Se trata de responder a cuestiones que tienen que ver con el origen de la protesta, su originalidad, sus argumentos y propuestas, sus perspectivas y su legado.

El análisis propone, en primer lugar, enmarcar las protestas de los indignados en el contexto de los cambios tectónicos que han vivido nuestras sociedades y que han sido dirigidos y orientados por un bloque social y político liderado por una élite global. El conjunto de esos cambios se relaciona con el concepto de globalización. Lo destacable de este proceso remite a la modificación sustancial de las condiciones en las que se hizo posible el pacto social de posguerra y que lo hacen ahora irreproducible.

El artículo se detiene a explicar la relevancia del asalto que el neoliberalismo ha lanzado contra los fundamentos de la democracia liberal. La situación actual cambia los principios de constitucionalidad, igualdad ante la ley, libertades políticas y civiles, autonomía política y universalismo por los criterios de mercado, la relación coste/beneficio, la eficacia y la rentabilidad.

La confluencia de estos dos momentos: el fin del contrato social de posguerra y su irreproducibilidad y el asalto del neoliberalismo a la democracia, marcan una frontera que nos anuncia la emergencia de un nuevo contractualismo de matriz claramente neoliberal y confrontado con el contrato social que dio origen al estado del bienestar.

La hipótesis para explicar el 15M se relaciona con el concepto de “estructura de oportunidades políticas”, propuesto inicialmente por Peter Eisenger y desarrollado por Sidney Tarrow. El concepto incorpora entre sus variables: el grado de apertura o cierre del sistema político y la capacidad de este para gestionar nuevas demandas; el nivel de inestabilidad o no de las alianzas políticas; la posición estratégica de aliados poderosos y los conflictos políticos entre las elites.

En todo caso, creo que lo más significativo respecto al 15M es que inaugura un nuevo ciclo de protesta<sup>2</sup>. La articulación de nuevas oportunidades políticas y la propia acción de los movimientos ha situado en un nuevo contexto la respuesta social a la crisis económica. Todo parece indicar que la crisis y sus efectos serán duraderos y no se vislumbra el momento de un cambio a mejor. Por otra parte, persisten las políticas que han sido impugnadas por el 15M y por otros actores. Por último, la politización de la crisis económica ha sacado la gestión de la misma del espacio de las decisiones inevitables y la ha convertido en una elección ubicable en el eje izquierda-derecha.

## INTRODUCCIÓN

Decía Alain Touraine<sup>3</sup> que lo más sorprendente de la situación de crisis brutal que estamos viviendo era el silencio de las víctimas. El libro cerraba su edición justo cuando estallaba en Madrid, y otros lugares de España, una revuelta singular y que llamó rápidamente la atención de todo el mundo. Nadie pudo dejar de sentirse concernido por el alcance de las demandas, por las críticas y por la masividad de la protesta, pero también por el original modo de organización y por el uso de una democracia deliberativa de alta intensidad.

Parecía que las víctimas, finalmente, sí reivindicaban su espacio a través de una gestión inusual de su «voz», esto es de su capacidad de expresarse en el espacio público. Precisamente, esta condición diferente y desafiante del 15M casi desde cualquier punto de vista, fue la primera cuestión llamativa de su irrupción en la agenda política. Ni siquiera era sencillo determinar con claridad de qué tipo de sujeto estábamos hablando. No era un partido político, no era un grupo de interés, no era un movimiento social. Pero sin ser nada reconocible en los viejos conceptos de la ciencia política o la sociología, su impacto político estaba siendo espectacular y muy importante.

Quedaba por ver si esta «presencia colectiva» como la ha llamado Boaventura de Sousa Santos, estaría en disposición de revertir la tendencia de la «sociedad capitalista» a la desaparición de los actores<sup>4</sup>. No es este asunto menor. Los síntomas de esa «crisis de la representación» tradicional son conocidos y reiterados. La fragmentación y/o hundimiento de los modelos clásicos de representación no han impedido la emergencia de otras formas de dar satisfacción a la necesidad de encontrar referencias en los conflictos. Las perspectivas neopopulistas, las fórmulas de relación «directa» del líder con su electorado o base social, son una de ellas, pero no la única. Rosanvallon<sup>5</sup> plantea la emergencia de la impolítica, esto es, de fórmulas de control indirecto del poder, expresión de la consolidación de una sociedad de la desconfianza. En cualquier caso, crisis de la representación y crisis de los sujetos sociales y políticos que han dado sentido y sustancia a nuestras democracias representativas hasta el momento.

El propio movimiento 15M o el movimiento de los indignados (usaremos indistintamente ambas calificaciones en nuestro texto), expresaba su punto de vista sobre estos asuntos elevando a categoría de símbolo mismo de la movilización lemas como: «no nos representan» o «lo llaman democracia y no lo es».

En todo caso, la cuestión que se planteaba es hasta que punto, el movimiento de los indignados recuperaba una perspectiva de la representación en condiciones de reverdecer la confianza en la política y la voluntad de canalización de demandas ausentes de la agenda política institucional.

Se albergaban, también, dudas acerca de la condición espumosa y efímera de un movimiento que, aparentemente, había salido de ningún sitio y no había pedido permiso para reivindicar su espacio. Si el 15M se convertiría en un actor político estaba por ver y parte del cumplimiento de ese desafío estaba asociado a su «utilidad», esto es, a tratar de cumplir algunos objetivos asociados a las demandas del movimiento.

Desde entonces una parte de los análisis han incidido en la futilidad del movimiento y en su liviandad programática. Zygmunt Bauman, resumía una buena parte de esos acercamientos manifestando que «el 15M es emocional, le falta pensamiento»<sup>6</sup> y alertaba sobre el hecho de que el movimiento corría el riesgo de evaporarse.

Ambas cuestiones, la que hace referencia, en primer lugar, a la condición inocua del movimiento, aquella que querría describir que el movimiento ha sido espumoso, muy poco sustantivo, nos exige reflexionar sobre la relación entre movimientos sociales y política. Es importante que determinemos qué estamos intentando medir exactamente, y que tratemos de analizar los diferentes planos de interacción entre la acción colectiva, la movilización social, la política y sus repercusiones para el conjunto de la sociedad.

La segunda cuestión, la de saber si el 15M ha sido o puede convertirse en actor político (no necesariamente en partido político), está aún por dilucidar en el medio plazo. Lo primero que habría que señalar es que para intentar atinar con la respuesta, necesitamos saber que estamos preguntando exactamente. No podemos seguir dando por hecho el significado de lo que es un actor en el contexto de un mundo en transición, que ha alterado profundamente la estructura de los conflictos y su capacidad de representación. Si la pregunta se refiriera solo al impacto mediático y simbólico de un movimiento, aún cuando este fuera puntual y/o ocasional, podríamos decir que en el período de máxima incidencia pública de este movimiento, la respuesta sería que, obviamente, sí. Pero la duda y la respuesta deben dar cuenta de la posibilidad de revertir esa tendencia histórica de la crisis del capitalismo a terminar con todos los actores, sacrificados en el altar del mercado.

En esta hora, el movimiento como tal ha, prácticamente, desaparecido del espacio público. La etiqueta 15M parece languidecer atrapada entre su éxito y sus dificultades para continuar. Parece agotado el momento mágico de las acampadas y el proceso deliberativo que acompañó esos días a miles de jóvenes y no tan jóvenes, que vivieron una experiencia generacional única de politización intensa. Y sin embargo, las encuestas siguen señalando un increíble apoyo a “las causas” del 15M.

Pero todo indica que este movimiento ha dejado un legado muy importante: ha reverdecido la movilización crítica y ha reivindicado la responsabilidad política por lo que está ocurriendo. Sobre estos aspectos hablaremos más adelante.

Así es que, nada más aventurado que hacer predicciones sobre los movimientos sociales. Éstos tienen por costumbre impugnar las proyecciones y perspectivas de los analistas y una tendencia irremediable a hacernos quedar mal. Así es que les anticipo mucha mesura y prudencia –no exenta de algún atrevimiento- respecto a los escenarios previsibles de evolución de un movimiento tan singular.

Intentaré, eso sí, ser más contundente respecto a aquellas cuestiones que nos pueden permitir entender el porqué de su emergencia, la fisonomía de los actores protagonistas y sus principales reivindicaciones. También en este punto podríamos haber aducido humildad en el análisis, recordando que doscientos años después de revolución francesa, un dirigente chino afirmó que aún no había transcurrido tiempo suficiente como para poder realizar una apreciación equilibrada de su trascendencia histórica. Pero no avanzaríamos mucho con tanto comedimiento.

### **1. Cuatro propuestas de interpretación**

Las tres cuestiones, en forma de hipótesis, que pretendo defender en este trabajo otorgan esa explicación sobre la emergencia y condición de los protagonistas del 15M, a una confluencia de factores entre los que destacaría los siguientes: en primer lugar, un conjunto de cambios tectónicos que han mutado la condición de nuestras sociedades y que han sido dirigidos y

orientados por un bloque social y político liderado por una elite global. Este liderazgo global y minoritario ha sido posible con la complicidad del Estado y con el apoyo activo y/o pasivo de importantes sectores de las viejas clases medias (las vinculadas al Estado del bienestar) y las nuevas clases medias crecidas al calor de los ciclos de expansión económica desde finales de la década de 1970. Este liderazgo ha construido un sentido común cuyas referencias básicas pueden ser formuladas alrededor de las ideas de Estado mínimo, la condición central del mercado como regulador social y la pérdida progresiva de espacio de la política, atenazada por el deterioro y minorización creciente del espacio público y por el desprestigio de su acción relacionado con decisiones que, justamente, merman y deterioran sus condiciones de existencia y relevancia.

Lo importante de este conjunto de cambios remite a la modificación sustancial de las condiciones en las que se hizo posible y reproducible el pacto social de posguerra.

En segundo lugar, la crisis económica ha puesto de manifiesto la irreproducibilidad de este pacto social. Es decir, si durante el período de afirmación y consolidación del proyecto neoliberal, pudo pensarse y mantenerse, precariamente, el pacto social, la crisis ha mostrado la imposibilidad de su mantenimiento, ni siquiera con un deterioro mayor de sus condiciones de reproducción. Lo que la crisis fractura es la tendencia histórica que dio sentido, precisamente, a ese gran acuerdo de convivencia, al predominio estructural de los procesos de inclusión sobre los procesos de exclusión<sup>7</sup>.

La cuestión está en el efecto acumulado de estos decenios de desregulación, privatización y crisis del régimen general de valores propio de nuestra modernidad. Ese efecto acumulado tiene dos implicaciones importantes para esa no reproducibilidad del pacto social de posguerra.

En primer lugar, económica, las bases de autorreproducción del capitalismo versión neoliberal hacen inviable el sostenimiento de un Estado del bienestar, en condiciones de asegurar sustento material para el pacto social y para esa perspectiva histórica de inclusión creciente en la que creíamos vivir. Por primera vez en la historia de occidente, sin la intervención de una guerra o de una catástrofe natural, los hijos vivirán, con toda probabilidad, peor que sus padres. Aún cuando en la explicación de la crisis cuentan mucho la codicia y la avaricia sin límites de los que más tienen<sup>8</sup>, lo sustancial remite a los cambios económicos en el capitalismo tardío y, entre ellos, la centralidad del sistema financiero en el conjunto de la estructura económica y sus exigencias. La crisis marca un antes y un después: los viejos tiempos no volverán.

En segundo lugar, como señala Wendy Brown<sup>9</sup>, el neoliberalismo ha lanzado un asalto frontal contra los fundamentos de la democracia liberal. Si la globalización ya había vuelto problemáticas las instituciones liberales, al vaciarlas de su sustancia reguladora y representativa, la situación actual implica una vuelta de tuerca que cambia los principios de constitucionalidad, igualdad ante la ley, libertades políticas y civiles, autonomía política y universalismo por los criterios de mercado, las relaciones coste/beneficio, la eficacia y la rentabilidad. El Estado deja de ser la encarnación de la soberanía popular para convertirse en una arena propicia para la gestión de negocios y el reparto de prebendas a partir de la legitimidad, cada vez más problematizada, de esa institución.

Convendría aclarar en este punto que el Estado no es víctima, sin más, del proceso de globalización. No comparto la idea de la pérdida de relevancia del Estado fruto de su situación de objeto en el devenir del mundo globalizado. Como si lo ocurrido hasta ahora se hubiera hecho a expensas del Estado y contra su voluntad. Esta es una idea insostenible. Sin el concurso activo de los Estados y de sus élites políticas este proceso hubiera sido imposible. Ahora bien,

conviene reconocer, por sus implicaciones, está situación paradójica del Estado, atrapado entre las exigencias de un mercado internacional, al que se reverencia sin crítica, y que demanda minimizar el papel del Estado, para que este deje de ser un obstáculo en el camino hacia la hiperglobalización<sup>10</sup> y los efectos devastadores de estas políticas sobre el mismo Estado que las enuncia. Si el Estado está usando su reserva de legitimidad para acometer estas políticas de desregulación y flexibilización en todos los órdenes, hay que decir que los efectos de estas políticas malbaratan esa reserva, agotando con más rapidez sus recursos.

La confluencia de estos dos momentos: el fin del contrato social de posguerra y su irreproducibilidad y el asalto del neoliberalismo a la democracia, marca una frontera que nos anuncia la emergencia de un nuevo contractualismo de matriz claramente neoliberal y confrontado con el contrato social que dio origen al Estado del bienestar.

Este nuevo contrato se caracteriza por la manifiesta posición central del mercado como articulador social; la subordinación, consecuente, de la política a la economía; la minorización de los sujetos políticos tradicionales como representantes y como interlocutores y un nuevo papel de las instituciones como impulsores de este nuevo modelo de contrato social, por un lado y como gestores al servicio de la disminución de los costes de oportunidad de las empresas.

Por último, y por lo que hace a las hipótesis de este trabajo, convendría intentar aproximarse a una explicación de los porqués de la emergencia de este fenómeno del movimiento de los indignados. En primer lugar, la estructura de oportunidades política que ha posibilitado la emergencia de esta reacción social tan importante tiene que ver con el efecto disruptivo que sobre el sentido común neoliberal o, mejor, sobre la racionalidad política neoliberal<sup>11</sup>, ha tenido la crisis económica. Conviene recordar que al comienzo de la misma escuchamos aquellas declaraciones que pedían desde «refundar el capitalismo» a «congelarlo». Opiniones emitidas, todo hay que decirlo, por eximios representantes del orden establecido. Era evidente que se cumplían algunas de las condiciones que suelen argüirse para dar cuenta de la aparición de la acción colectiva: la percepción de un cambio significativo en nuestra sociedad y de la aparición de fracturas o grietas en el, hasta entonces, inmaculado lienzo de la narración hegemónica y, con ello, la evidencia de que las elites dominantes se encontraban perturbadas y divididas respecto a lo que hacer.

No es significativo para esta explicación que ese momento de incertidumbre durase unos meses. Tiempo suficiente para que se activase la protesta y que esta fuera, además, muy transversal en términos de afinidades políticas.

Convendría incorporar, justamente aquí, el espectacular incremento de la desconfianza hacia la política y los políticos. Diferentes encuestas daban (y dan) cuenta de esta aversión y antipatía hacia la actividad política. Entre las explicaciones plausibles aparecen las relacionadas con la certeza de que, respecto a la política económica al menos, no hay diferencias apreciables entre las grandes formaciones políticas; que los políticos no hacen lo que deben; que los políticos –la mayoría al menos- se pliegan sin demasiada oposición a las exigencias de los celeberrimos mercados; el conocimiento público de que la arrobada relación de algunos políticos con los mercados tiene una generosa recompensa cuando estos se retiran; la certeza de que hay leyes y normas que se realizan con el fin de satisfacer intereses inconfesables y privados o el tema de la corrupción y su capacidad propagar la metástasis a todo el sistema político de su ponzoña.

No obstante, fuerzas políticas minoritarias que, hasta entonces, arrastraban sus discursos por los lugares menos luminosos del espacio público, encontraban una nueva oportunidad para

recordar sus previsiones y, de paso, se ofrecían a servir de cobertura institucional al movimiento. Esto es, el movimiento encontraba apoyo en aliados que le ayudaban a trascender el umbral de la calle y «usar» lugares reservados a la representación tradicional.

En segundo lugar, conviene abordar el asunto de la novedad o no del movimiento. A mi juicio el 15M daría cuenta de una nueva realidad en la acción colectiva y en la protesta. La movilización social vinculada al 15M sería así, desde este enfoque, la representación de un nuevo momento y de un nuevo tipo de movimientos. Este movimiento es novedoso no tanto por las reivindicaciones como por la articulación de las mismas; por la ocupación del espacio público; por el modo de organización y sobre todo, porque el contexto otorga a su acción una significación novedosa y original.

Está por ver si esa novedad reflejaría elementos sostenibles en un nuevo período de conflicto social, que resultarían propios, también, para otros movimientos posteriores. O su novedad se agotaría como acción colectiva de transición que respondería a condiciones rápidamente cambiantes e irrepetibles. Si esto fuera así, el 15M habría prestado a la movilización social una amplia cantidad de recursos para poder ser dispuestos en otra estructura de conflicto y en otro ciclo de acción colectiva.

Por último, es imposible explicar la coalición social que ha posibilitado la irrupción de los indignados, sin referirse a la crisis de sentido de las diferentes tradiciones de la izquierda, la reformista y la alternativa. La izquierda socialdemócrata ha hecho particularmente bueno el viejo axioma según el cual «la izquierda se echa de menos cuando no está en el gobierno y se deplora cuando está». Tras la caída del muro de Berlín, esta pensó que se abría un tiempo de oportunidades sin límite habida cuenta de la cuarentena (como mínimo) a la que iba a ser sometida la tradición comunista y/o revolucionaria o alternativa.

Desde entonces su lógica de actuación ha sido la de la acomodación a los valores dominantes y los intentos de reinterpretación de los valores neoconservadores que empezaban a ser dominantes. Leída la globalización o como un mar de oportunidades o como un mal inexorable, la propuesta política de la socialdemocracia perdía prestancia y capacidad de atractivo. De hecho, una vez en el gobierno, ha contribuido (con desiguales dosis de entusiasmo, justo es reconocerlo), a promover y propiciar el grueso de las recetas de ajuste duro promovidas por «los mercados». El fiasco paradigmático de este empeño de acomodación lo ha representado mejor que otras opciones: la tercera vía de Tony Blair.

Recordemos que esta acomodación de la socialdemocracia al neoliberalismo, fue formulada y defendida incluso en términos académicos. Pero su desaparición política y su insustentabilidad programática no han dejado huella, pero si han puesto de manifiesto los límites de esa estrategia adaptativa. La socialdemocracia forma parte de los males del sistema a los ojos de millones de personas que no distinguen, en esta tradición, diferencias semánticas significativas respecto a la derecha supuestamente antagonista.

En España el gobierno de Zapatero ofrece un balance poliédrico respecto a su gestión, sin duda. Pero en los asuntos que nos ocupan su actividad puede reseñarse como la de una acomodación clásica al ciclo económico: gasto cuando hay crecimiento, limitaciones cuando hay recesión o dificultades. Pero sin duda la reforma constitucional express, con la introducción del artículo 135 de la constitución, señala los límites reformistas de este proyecto en el contexto de la globalización.

Por lo que respecta a las tradiciones alternativas, parece evidente que las viejas tradiciones emancipadoras han agotado su capacidad de enunciación de la utopía y del cambio social.

Quedan, a lo sumo, como testimonio de una época de vivencia épica de la política y de un compromiso insobornable contra la injusticia, pero eso no es suficiente para representar lo viejo y lo nuevo, simultáneamente. Su condición de reservorios de espíritu de resistencia les otorga un papel inestimable en su condición de opositores a los desmanes del capitalismo senil, pero no es atractivo suficiente para canalizar nuevas demandas y, sobre todo, nuevas propuestas.

En ambos casos, su condición de partidos políticos les ha emparentado –a veces injustamente– a los ojos de la ciudadanía, como parte del mismo problema: los partidos y la política.

La crisis de la izquierda tradicional no es necesariamente la crisis de la izquierda, en general, ni siquiera la advertencia sobre un futuro sin partidos políticos en ese espacio de referencia. En este punto el 15M puede ser leído como una oportunidad para la renovación programática, organizativa y generacional de la izquierda y de las tradiciones de resistencia y emancipación.

## **2. Del terrorismo global a los problemas económicos y sociales**

El Siglo XXI comenzó con los atentados de Al Qaeda sobre las Torres Gemelas en Nueva York. El 11 de septiembre de 2001, el vuelo 11 de American Airlines y el vuelo 175 de United Airlines, pilotados por terroristas islamistas, impactaban sobre dos edificios emblemáticos de Estados Unidos produciendo una conmoción mundial de consecuencias incalculables, en aquel momento.

La expresividad de ese atentado terrorista incalificable ponía de relieve cambios en nuestro mundo con implicaciones en todos los ámbitos. De pronto se retaba al imperio desde presupuestos cultural-religiosos y mediante acciones lejos de los estándares convencionales, fueran estos políticos o militares, con efectos devastadores en términos simbólicos. Emergía con mucha fuerza el papel de la identidad, el uso de las nuevas tecnologías y la condición global de algunos hechos políticos.

La respuesta de Estados Unidos y sus aliados tuvo como consecuencia un importante conjunto de cambios de naturaleza política y geoestratégica que siguen proyectando su larga sombra hoy día.

Siguieron después los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid y del 7 de julio de 2005 en Londres, cuya brutalidad y objetivos (los sectores más populares) fueron buena muestra de la condición criminal de los que los cometieron.

Pero mostraron un enemigo diferente que usaba los canales hegemónicos de la globalización para transmitir un discurso preñado de un pasado antimoderno y una reivindicación de una identidad cultural anclada en una visión profundamente retrógrada de la religión y la moral.

Pero la larga sombra de esos días proyectada sobre nuestro presente, remite a la actividad de los gobiernos en esa hora. Una respuesta global en clave conservadora buscaba mostrar el poder de los Estados agredidos y, reinterpretar en clave securitaria, los desafíos del momento.

De ese tiempo rescatamos al menos tres cuestiones relevantes que han moldeado la acción política de los Estados desde entonces. En primer lugar, la idea del Estado de excepción como normalidad. La retórica posterior a los atentados hablaba el lenguaje de lo excepcional, un cambio epocal que nos obligaba a reconsiderar nuestra civilización y sus relaciones con otras culturas. De ese momento data la carta que 60 conocidos intelectuales norteamericanos publicaron<sup>12</sup> en febrero de 2002. La idea de la guerra justa, de la guerra defensiva para defender al inocente, es el argumento central de ese llamamiento. Aunque, posteriormente, algunos de

esos intelectuales se han desmarcado abiertamente de la política de la administración Bush, su propuesta añadió agua al molino de la singularidad de la situación y su más que probable extensión en el tiempo.

La política, tal y como la habíamos conocido hasta ese momento, podía ser congelada a voluntad de los nuevos poderes ejecutivos de los que las administraciones se dotaban entregados por Parlamentos asustados y con poca decisión.

En ayuda de ese imaginario de excepcionalidad se desplegó una importante actividad legislativa. Y esta sería la segunda cuestión significativa. El *trade off* democrático de esos días aparecía magníficamente interpretado por esa sentencia que proclamaba lo siguiente: «aquí tienen nuestros derechos civiles, ahora protéjannos». Y, efectivamente, la entrega de derechos civiles se produjo y fue sancionada normativamente. La USA Patriot Act, aprobada el 26 de octubre de 2001, suponía un radical recorte de derechos civiles y su subordinación, supuestamente, a la estrategia de lucha contra el Terrorismo.

Recordemos, simplemente, las críticas que ya en su momento recibió esa Ley por dejar la vida privada de los individuos expuesta a los servicios de inteligencia y de represión. La norma, conviene recordarlo, fijaba un plazo (hasta finales del año 2005), de prescripción de aquellas normas más lesivas para los derechos civiles y políticos. Tras un arduo debate, fue finalmente ratificada el 9 de marzo de 2006 por el Presidente Bush con muy pocos cambios respecto a la original. Es decir, aquello que fue aprobado en condiciones de excepcionalidad se ha convertido en la nueva normalidad.

Cambios legislativos de parecida naturaleza se produjeron en varios países y queda como testimonio oprobioso de ese tiempo el penal de Guantánamo, que ponía de manifiesto la capacidad de la primera potencia mundial para burlar el derecho internacional sin más explicaciones. Con posterioridad WikiLeaks demostró, haciendo pública información secreta sobre esta materia, hasta qué punto se habían violado sistemáticamente derechos y se había encarcelado inocentes sin más culpa que su aspecto, estar en un lugar equivocado o tener un familiar supuestamente terrorista. Pese a las pretensiones iniciales de Obama, el penal sigue abierto mostrando al mundo la doble vara de medir en la interpretación de los derechos humanos y del cumplimiento de la legalidad democrática por parte de la primera potencia mundial.

La combinación de psicosis, lenguaje bélico desde el poder y cambios normativos, instaló en la sociedad la idea de un momento de excepcionalidad cuyos riesgos compensaban la transferencia de poder e intimidad a los servicios más opacos del Estado: la inteligencia y los cuerpos de seguridad. Lo importante es, precisamente, esto, la aquiescencia de las poblaciones que entregaron su patrimonio de derechos a cambio de la protección del Estado, sin preguntar nada más.

De paso se consolidó en el imaginario social la idea de que las situaciones excepcionales precisan de medidas excepcionales. Y que ese nuevo estado de la sociedad exige disposiciones que serán dolorosas. Probablemente, nunca antes el poder político –en connivencia con otros poderes– tuvo tantos recursos a su disposición para hacer del miedo un gran regulador social. Se ponían sólidos cimientos cultural-políticos para usar estos medios en otros momentos excepcionales. Seguro que la ocasión se presentaría.

La tercera cuestión hace referencia a un cambio en la perspectiva del Estado. Si la lógica neoliberal ha buscado afanosamente su desmontaje pieza a pieza, la perspectiva de la «lucha contra el terror» incrementó el poder del Estado y le habilitó para incrementar su poder represivo y fiscalizador. Podría parecer sorprendente que, precisamente, aquellos más denoda-

dos defensores de la entronización del mercado y de su lógica como único referente válido incluso en términos morales, sean, al tiempo, los más fervientes defensores del incremento en la capacidad represiva y vigilante del Estado. Pero es solo una paradoja aparente.

El análisis foucaltiano del neoliberalismo ya mostraba que la nueva racionalidad política no se acompañaba de una disminución de las prerrogativas del Estado, o incluso de su perímetro, sino, al contrario, de un potente voluntarismo estatal.

Para Wendy Brown, la suma de fuerzas que han defendido este conjunto de políticas que hemos denominado, convencionalmente, neoliberales, representa la articulación de un conjunto muy variopinto de integrantes: ultras religiosos y políticos; rancios conservadores; una parte de la elite social y profesional que ha prosperado con la globalización; la jerarquía de varias iglesias; los dirigentes de varias familias políticas etc... en términos culturales, ese bloque político y social mezcla de manera virtuosa la perspectiva neoliberal y la neoconservadora.<sup>13</sup> Ambas abiertamente diferentes e incluso contradictorias en algunos puntos, se refuerzan en una dinámica incremental e integradora. Por una parte, el aumento de la autoridad del Estado, es el corolario evidente del proceso de despolitización individual que viene produciéndose. Por el otro, el neoconservadurismo y su reivindicación del Estado, así como sus afirmaciones morales e identitarias, proponen un reencantamiento político, susceptible de compensar el desencantamiento producido por la lógica tsunami de las prácticas neoliberales en todos los órdenes.

Este punto me parece especialmente importante. Entender, entre otras cosas, el 15M nos exige salir de la visión estrecha y simple que considera el neoliberalismo, solo, como una ideología económica o que desprecia o minusvalora los efectos combinados de estas políticas, sobre la democracia, el ejercicio de los derechos y la cultura política de nuestras sociedades.

### **3. Las consecuencias políticas de la globalización: el giro neoautoritario**

Hemos vivido un acumulado de situaciones y procesos que han convergido en cambios tectónicos en nuestras sociedades. Nuestra vida ha transitado del mundo previsible y ordenado del fordismo, al mundo desordenado y descontrolado de la globalización<sup>14</sup>. Esos cambios han afectado a todos los ámbitos, pero es en la esfera política donde las transformaciones han resultado, aparentemente, menos manifiestas y, sin embargo, son más significativas y sensibles. La consecuencia más llamativa es esta pérdida de significación de la política como institución reguladora de la vida de las comunidades. Sometida hoy al dominio de la lógica del mercado y a la pérdida de legitimidad por sus decisiones, pero sobre todo, por sus subordinaciones. Estos cambios están significando un auténtico cambio de sistema. Una mutación sustancial de nuestras condiciones a la hora de pensar la vida en comunidad. Estos cambios afectan a las instituciones y sus lógicas, pero también a las poblaciones y su disposición respecto a los asuntos públicos, así como a su virtud cívica.

Entre los autores que ha reflexionado sobre esta cuestión, destacaría a Luigi Ferrajoli que se refiere a la emergencia de poderes desregulados y salvajes consecuencia del proceso de deconstitucionalización de nuestros Estados de derecho<sup>15</sup>. Este proceso, desconocido por la masividad e incumplimientos del orden constitucional, se explica por la doble crisis destructiva de la representación política, por arriba y por abajo. En todos los casos se pone en cuestión o se niegan otras tantas separaciones entre esferas o niveles de poder: entre Estado y pueblo, entre esfera pública y privada, entre fuerzas políticas e instituciones públicas, entre poderes mediáticos y libertad de la cultura y de la información<sup>16</sup>.

Formarían parte de esa doble tenaza destructiva, según Ferrajoli, cuestiones como la verticalización y la personalización de la representación con la aparición de liderazgos mediáticos y carismáticos que permitirían –a juicio de sus defensores- formas más genuinas de democracia directa y participativa. Un segundo factor, sería el de la progresiva confusión y concentración de poderes. Esto es, tanto la primacía creciente de los intereses privados sobre los públicos, como la subordinación al ejecutivo del resto de poderes. A juicio de Ferrajoli: «[...] *cabe hablar de una forma singular de regresión premoderna. En síntesis, de una forma de patrimonialismo populista o de populismo patronal, que se manifiesta en una suerte de apropiación privada de la esfera pública, acompañada de formas de feudalización de la política y de las instituciones basadas en el intercambio entre fidelidad y protección*». El tercer aspecto se refiere al proceso de cartelización de los partidos políticos o a la creciente integración de los partidos en el Estado. El último aspecto habla de «*la total ausencia de garantías de la información*». La combinación, letal para la democracia, del control político y el control propietario de los medios de información.

Los dos aspectos de la crisis por abajo nos hablan de la «homologación de los que consienten y la denigración de los que disienten», junto al declinar del sentido cívico y del compromiso ciudadano, fruto de la exacerbación de los peores egoísmos individuales y sociales.

Todo este conjunto de factores ha modificado las condiciones que permitieron, mejor o peor, la pervivencia del pacto social de posguerra. Recordemos que este pacto fue, en gran medida, el fruto tanto del acumulado histórico de reivindicación de derechos, como de las condiciones del final de la Segunda Guerra Mundial, entre las que merece la pena destacar: la confrontación sistémica entre capitalismo y socialismo y la acrecida importancia de los partidos y organizaciones sindicales obreras y de izquierdas.

El pacto social funcionó como un gran acuerdo de apaciguamiento de la confrontación de clases y se instituyó como un modelo de convivencia, un nuevo contrato social que favoreció un importante ciclo económico expansivo y, sobre todo, perspectivas razonables para la mayoría de la sociedad de prosperidad y seguridad. Por vez primera en la historia, estaba al alcance de una mayoría pensar en el ciclo vital con una cierta estabilidad y confianza. El futuro ya no era, necesariamente, una amenaza. En palabras de Tony Judt: «¿Qué legaron la confianza, la tributación progresiva y el Estado intervencionista a las sociedades occidentales en las décadas que siguieron a 1945? La sucinta respuesta es seguridad, prosperidad, servicios sociales y mayor igualdad en diversos grados»<sup>17</sup>.

Esta articulación de prosperidad y certidumbre, generó un vínculo muy intenso entre democracia y economía. Esta relación dimensionó la intervención de la política en la economía con la voluntad de favorecer procesos de redistribución de riqueza con una perspectiva claramente igualitarista.

Esta vinculación de la democracia con el progreso social no era nueva. De hecho, ese nexo se construyó históricamente fruto del conflicto social protagonizado por el movimiento obrero o el movimiento feminista, entre otros. Frente a la propuesta elitista o liberal de reducir la democracia a la elección de los que nos van a gobernar en los próximos cuatro años, o bien, acentuar la separación entre política y economía, de manera que la democracia sea un asunto de ciudadanía al margen e independiente de consideraciones económicas, sociales o de bienestar, las tradiciones de base obrera, feminista, republicana y marxista, reivindicaron una democracia sustancial y con capacidad para mejorar las condiciones de vida de la mayoría. La política y su gestión deberían ser puestas al servicio de garantizar sociedades del bien vivir para una parte sustancial de la población.

La virtud de las «décadas doradas» del Estado del bienestar, más allá de legítimas críticas, es que consolida esa tradición, le da un sentido y le ofrece un marco institucional y político en el que verse proyectado.

Se construyó, así, ese triángulo virtuoso de la democracia que relaciona de modo responsable las instituciones con las comunidades políticas y las políticas públicas con las poblaciones. En resumen, esa idea fuerte de la democracia contribuyó a consolidar en el imaginario social la narración de una concepción de la misma fuertemente protectora y al servicio de las mayorías. Los procesos democráticos podían revertir y encauzar los signos adversos del funcionamiento del mercado sobre la base del control político que las instituciones estatales realizaban, de manera efectiva, sobre la mayoría de los flujos económicos significativos.

### 3.1. Hiperglobalización y crisis económica: el fin del contrato social socialdemócrata

El proceso de hiperglobalización ha permitido revertir la situación en todos los órdenes y ha justificado la voladura, más o menos controlada, del Estado del bienestar y del contrato social que le estaba vinculado, por mor de las necesidades de la economía. Nada más significativo que el cambio de prioridades en la política de los Estados: del desempleo a la inflación y el déficit público.

El desplazamiento a una esfera transnacional del espacio de decisión en el ámbito económico, junto con otros factores, ha cambiado por completo la naturaleza de los Estados, con consecuencias sustanciales para ese contrato social que había presidido la vida de nuestras sociedades hasta ahora.

Es sabido que ese estado de bonanza económica y esa posibilidad de autodeterminación política eran solo, en realidad, predicables para un conjunto relativamente reducido de Estados. Pero no es menos cierto, que esa perspectiva política y social se convirtió en un objetivo, además de un deseo, para la inmensa mayoría de países y de poblaciones. Mediante este modelo de convivencia y este contrato social, Europa se convertía en un referente y en un modelo frente a Estados Unidos, toda vez que, primero, el socialismo real se mostró como una alternativa inviable o indeseable o las dos cosas<sup>18</sup>; y, en segundo lugar, tras la caída del muro de Berlín y la implosión del modelo, no había más que un gran paradigma en competencia con dos alternativas: el modelo de capitalismo anglosajón, desregulado y salvaje y el modelo europeo de capitalismo embridado y democráticamente controlado.

Los empeños por desmontar el Estado del bienestar europeo llevan tiempo en la agenda y, de hecho, se han producido cambios que han modificado sensiblemente el contrato originario. Pero no ha sido hasta la aparición de la crisis económica que se ha hecho visible la condición de «reproducibile» para ese contrato social.

Las dos últimas décadas han erosionado y debilitado hasta hacerlo casi irreconocible ese gran acuerdo de convivencia e integración económica y política. Pero mientras las crisis del sistema financiero ocurrían en la periferia, para las mayorías en nuestras sociedades era posible seguir imaginando o bien que los incendios serían controlados o bien, que, pasados algunos momentos de incertidumbre era pensable regresar a la situación anterior.

La crisis ha tenido un efecto devastador sobre el imaginario de un proceso democrático con capacidad de controlar las decisiones económicas. Pero también sobre la perspectiva de un progreso económico donde predominarían las lógicas inclusivas sobre las de exclusión. Los datos sobre el incremento de la desigualdad en los últimos 30 años son demoledores.

Según la OCDE<sup>19</sup> en su informe *Seguimos divididos: ¿por qué la desigualdad sigue aumentando?* publicado en diciembre de 2011, la diferencia entre ricos y pobres ha alcanzado su nivel más alto en 30 años. Los ingresos medios del 10 por 100 más rico es ahora cerca de nueve veces mayor que los del 10 por 100 más pobre en toda la OCDE.

La brecha de ingresos ha aumentado incluso en los países tradicionalmente más equitativos, como Alemania, Dinamarca y Suecia, del '5 a 1' en la década de 1980 hasta el '6 a 1' de hoy. La diferencia es de '10 a 1' en Italia, Japón, Corea y el Reino Unido, y aún mayor, de '14 a 1' en Israel, Turquía y Estados Unidos. En Chile y México, los ingresos de los más ricos siguen siendo más de 25 veces superiores a los de los más pobres, los más altos de toda la OCDE.

La desigualdad de ingresos es mucho mayor en algunas grandes economías emergentes fuera de la zona de la OCDE. De '50 a 1' es la diferencia de ingresos en Brasil, que sigue siendo muy superior a la de muchos otros países, aunque ha ido disminuyendo de manera significativa durante la última década.

Más informes ayudan a aquilatar el significado de lo que está ocurriendo y sus consecuencias en todos los órdenes. En el Informe de la OIT (Oficina Internacional del Trabajo): *Desigualdades en el trabajo durante la crisis. Testimonios de Europa* se dice: «Los datos obtenidos sobre países europeos muestran que la crisis ha agravado las desigualdades existentes y que determinadas categorías de trabajadores se han visto más afectadas que otras»<sup>20</sup>. Las razones de estas desigualdades hay que buscarlas en la contratación temporal que ha funcionado como un amortiguador del empleo, el 90 por 100 de los desempleados tenían contratos temporales; los recortes salariales o el crecimiento de los empleos con bajo salario. Según el Informe un 40 por 100 de los empleados declaran dificultades para llegar a fin de mes. Este dato –junto con otros– dan testimonio del acercamiento del modelo laboral europeo al estadounidense, con la aparición del *working poor*, del trabajador pobre, empleado a tiempo completo, incluso, pero cuyo salario no le permite asegurar su supervivencia en condiciones dignas.

El Informe plantea que: «En Europa más que en otras regiones, la combinación de medidas de estímulo, subsidios para preservar la inversión y la estabilidad laboral, y diálogo social, han ayudado a limitar los efectos de la crisis en el empleo y en la cohesión social». Conocer que los paquetes de medidas de reforma de los mercados laborales van en la dirección contraria, nos permite entender mejor el sentido de estos cambios y para lo que nos ocupa, fortalece esta idea de modificaciones irreversibles en la esfera económica y del trabajo que irían, claramente, a contrapelo de lo que había sido hasta el momento el pacto que aseguraba el contrato social de posguerra.

El Foro Económico Mundial considera que los desajustes fiscales crónicos y la grave disparidad de ingresos serán los riesgos con mayor predominancia en los próximos 10 años en la economía global, amenazando el crecimiento a nivel mundial, según señala en su Informe «Riesgos Globales 2012».<sup>21</sup>

En España, el número de pobres en España crece por el desempleo y los bajos ingresos. El recorte en un 4,4 por 100 de los ingresos medios de los hogares en 2010 incrementan el número de personas con pocos recursos y crece el porcentaje de españoles que vive por debajo de la línea de pobreza, que llega hasta el 21,8 por 100.

Es el dato provisional de la Encuesta de Condiciones de Vida 2011, publicado por el Instituto Nacional de Estadística (INE), que considera pobre a aquel que vive con ingresos inferiores al 60 por 100 de la mediana. Hay menos dinero en casa de los españoles. El ingreso medio anual por hogar lleva dos años bajando, el correspondiente al último ejercicio cerrado (2010)

quedó en 24.890 euros, un descenso del 4,4 por 100 respecto a la última encuesta, y la media por persona bajó hasta los 9.371 euros, un 3,8 por 100 menos.

Es interesante señalar que cuando la OCDE quiere explicar el origen de este salvaje incremento de la desigualdad, exculpa a la mundialización pero culpa a las políticas domésticas y reformas institucionales realizadas bajo la presión de la globalización. No es fácil añadir nada a un comentario tan sesudo. La OCDE reconoce, eso sí, que las reformas normativas producidas en el mercado de trabajo han posibilitado que más personas accedan a un empleo con bajos salarios y que, esa situación, ha repercutido en el incremento de la desigualdad.

La misma OCDE ofrece un ejemplo de interpretación de la relación entre economía y política en el nuevo contexto enormemente sugerente. En su Informe de octubre de 2011: *Perspectivas OCDE: España, políticas para una recuperación sostenible*, defiende que “la reforma constitucional, (se refiere a la inclusión constitucional del artículo 135 que sanciona el compromiso de España con la limitación estructural del déficit público), es un ejemplo de liderazgo y responsabilidad para tomar la iniciativa frente a los mercados y lanzar una señal clara e inequívoca de disciplina presupuestaria a largo plazo».

El resumen hasta aquí es que la combinación de globalización y crisis económica ha construido una nueva economía con un impacto demoledor sobre las viejas prerrogativas de los Estados y sobre las condiciones para hacer posibles democracias de calidad. Desde el año 2008, además, la aguda crisis económica ha evidenciado el fin del pacto social de posguerra. La alteración de las condiciones que lo hicieron posible hacían insostenible ese pacto para las clases dominantes y plantean el interrogante sobre la actitud de las clases subordinadas y/o dominadas.

Los cambios tectónicos que estamos viviendo han sido posibles por la combinación de varios factores: cambios económicos; cambios tecnológicos muy significativos; la articulación de un bloque social y político que los ha promovido y defendido; el apoyo activo y/o pasivo de las nuevas clases medias emergentes y de parte de las viejas clases medias, más vinculadas al modelo de welfare state; cambios normativos que o bien han modificado la constitución material de nuestros modelos democráticos o bien ha producido cambios normativos de amplio calado. Por último, en este período se ha consolidado un sentido común, una racionalidad política, que ha ofrecido una cobertura ideológica y moral plausible para los cambios.

Hablando sobre Estados Unidos un periodista<sup>22</sup> que tenía la intención de explicar el radical cambio político de su padre: de obrero demócrata a hooligan del Tea Party, ponía de relieve la trama ideológica que había permitido esa adscripción incondicional de una parte de las clases medias a un programa que les era claramente perjudicial. Su propuesta es que la agenda conservadora articula un programa de demandas socialmente muy agresivo y populista: valores morales, valores familiares, religión, antintelectualismo, guerra a lo políticamente correcto, «liderazgos cercanos» etc. Con una agenda económica oculta, profundamente regresiva. Dice Thomas Frank: «*Votad* por la prohibición del aborto y *tendréis* una buena reducción del impuesto sobre el capital. *Votad* para que vuestro país vuelva a ser más fuerte y *tendréis* la descentralización. *Votad* por hacerle una butifarra a esos universitarios políticamente correctos y *tendréis* la desreglamentación de la electricidad. *Votad* para que el gobierno afloje su presión (o no nos apriete tanto los zapatos) y *tendréis* los conglomerados y monopolios de medios de comunicación de la industria agroalimentaria. *Votad* para resistir al terrorismo global y *tendréis* la privatización de la seguridad social. *Votad* para darle una colleja al elitismo y *tendréis* un orden social en el seno del cual los ricos serán más ricos de lo que lo han sido nunca, los trabajadores despojados de todo poder y los ejecutivos de las empresas remunerados más allá de toda imaginación».<sup>23</sup>

La naturaleza de este dominio es de tal magnitud, que los conservadores se han asegurado su poder incluso «si milagrosamente el libre mercado fracasa, si su libertarismo no aporta nada concluyente y si su “nueva economía” se hunde».<sup>24</sup>

La consolidación de esta hegemonía neocon ha contribuido a reforzar una *Zeitgeist*, un «espíritu del tiempo» que refuerza este dominio poderoso de la racionalidad política del capitalismo de nuestros tiempos.

#### 4. ¿Una tormenta perfecta para la contestación social? ¿En qué dirección?

El 15 y 16 de septiembre de 2008 son fechas emblemáticas en la visibilización de la crisis económica y su magnitud. Esos dos días vieron la quiebra de Lehman Brothers y la práctica nacionalización de AIG. La compañía de servicios financieros más grande del mundo y la compañía de seguros más grande del planeta quebraban iniciando una sucesión de acontecimientos en cadena que mostraban al mundo la fragilidad del sistema financiero y la enorme cantidad de mentiras y trampas sobre las que se había montado el entramado económico de aparente éxito de los años anteriores. «Es el momento en que descubrimos que el sistema es extremadamente corrupto; un sistema que remunera generosamente a quienes lo controlan y evalúan, y distribuye unos indecentes beneficios entre los responsables de los desastres»<sup>25</sup>.

Aunque las señales más manifiestas del desastre que se avecinaba comenzaron en junio de 2007, con el anuncio por parte de Bear Stearns de la quiebra de dos *hedge funds* especializados en inversiones en subprime. Esa palabra endemoniada ha pasado a formar parte de nuestra realidad de un modo que no podíamos ni imaginarnos y ponía de relieve la financiarización de nuestra economía y su enorme fragilidad.

Se hacía manifiesta la centralidad del sistema financiero en todo el sistema económico y la capacidad de la globalización para amplificar las consecuencias de la economía de casino organizada alrededor del predominio de este sector económico sobre el resto. La evidencia de que los beneficios que mueven el mundo ya no se producen en la economía real –la de la producción y los servicios– si no en las finanzas, en la especulación con recursos ajenos a través de una sofisticadísima gama de productos que repartían los riesgos en la economía mundial y que se basaban en una entelequia más parecida a un fraude que a otra cosa, pero que generaba cuantiosos beneficios para los administradores y ejecutivos de los bancos y empresas financieras diversas. La economía financiera global ha funcionado con un esquema similar al de la pirámide de Ponzi. Una arquitectura fraudulenta que basa su engaño en las importantes retribuciones que produce a los incautos inversores al comienzo del proceso y que termina por esquilmar los patrimonios con una rapidez inversamente proporcional al tamaño de la pirámide. Este desplazamiento del capitalismo productivo al financiero es el que nos ayuda a entender lo ocurrido en la economía mundial en los últimos treinta años y cuya crisis padecemos hoy con unas consecuencias todavía imprevisibles.<sup>26</sup>

Se trata, sin duda, de la mayor crisis económica de los últimos 80 años y aún no ha tocado fondo. Peor aún, no es que no sea posible adivinar cuándo comenzará la recuperación, sino que es difícil imaginar que significará exactamente esto y sus consecuencias para el empleo y el bienestar. Durante la crisis misma los procesos de desigualdad ya presentes y constatables en el período de esplendor de la globalización financiera se han mantenido y agudizado. Al mismo tiempo, los compromisos de pago de la deuda soberana y la adquisición de préstamos para impedir la quiebra del Estado, están implicando en Europa –especialmente en algunos países– unos sacrificios que se han llevado por delante las mejoras y derechos conseguidos

después de décadas de conflictos y reconocimiento. Los partidos de la derecha europea y estadounidense han planteado la salida de la crisis en términos dilemáticos: o trabajo o derechos. Las dos cosas ya no son posibles.

Las reformas acometidas hasta ahora han contribuido al deterioro de los servicios públicos y sus prestaciones universales; a la privatización o semiprivatización de lo que quedaba en manos del sector público en el ámbito productivo y a un retroceso en la práctica de derechos adquiridos especialmente en el ámbito laboral, con una especial incidencia para el papel histórico de los sindicatos.

Aun cuando ha sido después de 2008 cuando la exigencia de esta minorización de la calidad y alcance de estas políticas públicas ha sido más expresivo, se trata, en realidad, de una continuidad respecto a lo que ya venía realizándose. Parecería, más bien, que el impacto singular de esta quiebra y de la economía del pánico que se ha adueñado de las sociedades, estaría sirviendo para apurar la lógica de desregulación y flexibilización que ya venía produciéndose. En este caso el miedo y la situación de excepcionalidad contribuyen a producir ese efecto shock en las poblaciones que paraliza sus capacidades de inteligibilidad y resistencia. Debemos a Naomi Klein la popularización de este concepto que ha contribuido a hacer más comprensible la actividad de las élites y la aparente pasividad de las víctimas.<sup>27</sup>

En su libro cuenta varias anécdotas expresivas de este comportamiento calculador y carente de cualquier empatía respecto a las víctimas, por parte de las clases dirigente y los celeberrimos «mercados». A finales de agosto de 2005 el huracán Katrina devastó New Orleans causando miles de muertos. El desastre evidenció la incompetencia de la administración Bush y la pérdida de capacidades de las instituciones públicas para reaccionar frente a situaciones de emergencia. La incapacitación teledirigida del estado tenía estas consecuencias, también. En aquellos terribles días frente a la desolación crecía la rabia entre los vivos y abandonados que habían acabado en el Centro de Congresos del centro de la ciudad a falta de un plan de evacuación de las autoridades. La ira tenía que ver con el conocimiento de declaraciones y comentarios que ponían de manifiesto el odio racial y de clase que se expresaba cuando la ciudad seguía anegada por las aguas y los muertos continuaban sin recoger. Entre ellas, se hizo célebre el comentario que Richard Baker, un conocido congresista republicano, le había dicho a un no menos conocido grupo de presión: «Por fin hemos limpiado New Orleans de los pisos de protección oficial. Nosotros no podíamos hacerlo, pero Dios sí».

Pero era Milton Friedman, entonces un venerable viejecito de 93 años quien en un artículo en *The Wall Street Journal*, tres meses después de la catástrofe proponía aprovechar la oportunidad que ofrecía la devastación del sistema educativo público para modificarlo de raíz. En lugar de reconstruirlo, Friedman proponía entregar a las familias cheques escolares para que eligieran de entre las escuelas privadas que seguían en pie. A su vez, las escuelas privadas recibirían subsidios estatales a cambio de aceptar nuevos niños entre su alumnado. El artículo proponía que la oportunidad debía aprovecharse para hacer de este cambio una situación permanente. La idea de Friedman de cualquier cosa que fuera etiquetada como pública apestaba a socialismo, fue llevada a cabo por la presidencia de Bush. En menos de 19 meses las escuelas públicas de New Orleans fueron sustituidas casi en su totalidad por una red de escuelas chárter de gestión privada.<sup>28</sup>

«Antes del huracán Katrina, la junta estatal se ocupaba de 123 escuelas públicas; después solo quedaban 4. [...] Los maestros de la ciudad solían enorgullecerse de pertenecer a un sindicato fuerte. Tras el desastre, los contratos de los trabajadores quedaron hechos pedazos, y los 4.700 miembros del sindicato fueron despedidos. Algunos de los profesores más jóvenes volvieron

a trabajar para las escuelas chárter, con salarios reducidos. La mayoría no recuperaron sus empleos».

Esta ejecución implacable de un plan previamente concebido, junto a esta indiferencia por las víctimas respecto a las consecuencias de sus acciones y propuestas es lo que más llama la atención en la gestión de la crisis económica por parte de las elites económicas y políticas.

Este acercamiento tiene dos componentes importantes que merecen la pena ser destacados en este momento: el uso del miedo como regulador social y su legitimación más aceptable después de los cambios que se produjeron tras el atentado contra las torres gemelas.

Pero esta crisis tiene algunas características que la hacen singular. Si los cambios que se están llevando a cabo en prácticamente todos los ámbitos, se consolidan, estaremos viviendo la mayor modificación de nuestras condiciones sociales y políticas de la historia reciente. Con una voluntad manifiesta y explícita por parte de las clases dirigente de hacer de estos cambios una nueva realidad, así las cosas mejorasen en un futuro próximo.

Es la primera vez en nuestra historia europea que una crisis global se salda con un retroceso tan monumental en derechos. La retórica neoliberal del sacrificio se ha convertido en una justificación para considerar como privilegios inaceptables, en situación de excepcionalidad, los derechos adquiridos tras décadas de conflictividad social.

Las crisis de 1844, 1890, 1907 o 1929 se saldaron con:

- Medidas que mejoraban e incrementaban el control de los poderes públicos sobre el mercado. Y esta intervención se hacía tanto para limitar la volatilidad del funcionamiento de los mercados, como para disminuir los riesgos de exclusión para los más desfavorecidos.
- Con mejoras de derechos para los trabajadores, que aseguraban la traslación parcial a la escena productiva de la condición de ciudadanía que empezaba a ser común en el ámbito de la política.
- Con mejoras en la capacidad redistributiva del sistema a través de tres vías: el reconocimiento progresivo del papel del sindicato como intermediador en el proceso de negociación; la consolidación de un capitalismo que precisaba funcionalmente de un consumo de masas para su subsistencia, de donde, la mejora salarial generalizada era una condición imprescindible para mantener saneada la economía; y tercero, a través del incremento de la inversión pública y la extensión de servicios universales: educación, sanidad, pensiones.

Lo que la gestión de clase de esta crisis está quebrando es el paradigma que subyace a esta progresión solo interrumpida, hasta este momento, en Europa en los períodos de guerra, del incremento del control público sobre la economía. Alrededor de este eje y del convencimiento de que el mejor mercado, el mercado que mejor funciona, es el mercado regulado y embridado, se ha construido el contrato social de nuestra modernidad: inclusión económica; el trabajo como institución central en la adquisición de ciudadanía política; una lógica incremental de bienestar con servicios públicos universales y accesibles; un imaginario democrático fuertemente comprometido con la reforma social y la mejora de las condiciones de vida para la mayoría.

Pues bien, esto es lo que la gestión de la crisis se está llevando por delante y con ello las condiciones que hicieron posible dos cosas: un largo período de estabilidad económica en nuestras

sociedades y un largo período, igualmente, de estabilidad política y de reconocimiento de los cauces democráticos para la resolución de los conflictos.

La fractura del contrato social de la modernidad y su sustitución por una nueva contractualidad neoliberal tiene varias implicaciones. En primer lugar, si el contrato social anterior había sido el resultado histórico de un compromiso más o menos equilibrado entre diferentes actores e intereses en pugna, el contrato social emergente es el resultado de una imposición de las elites dirigentes frente al resto de la sociedad. Este factor fragiliza la legitimidad del nuevo contrato y amplía las zonas de incertidumbre política y de arbitrariedad de las instituciones, despegadas e «irresponsables» frente a sus ciudadanías y serviles frente a las imposiciones del mercado. En este caso la globalización o la Unión Europea funcionan como coartadas que desplazan la responsabilidad por las decisiones.

En segundo lugar, la nueva contractualidad neoliberal amplía los criterios de exclusión. Si, siguiendo a Boaventura<sup>29</sup>, el viejo contrato social excluía a la naturaleza, a todos aquellos que no eran considerados ciudadanos y todo aquello que no podía ser sujeto a mercantilización y, por tanto, objeto de un contrato, el actual modelo amplía dramáticamente el ámbito de exclusiones: se amplía el estado de naturaleza y, así, todo aquello que no debe ser incluido en ninguna fórmula contractual; la quiebra de la institución laboral como generadora de ciudadanía propone una disminución de las capacidades políticas para una parte creciente de nuestras sociedades que, ve así, mermados sus derechos y su condición de iguales en el escenario político; la simbiosis creciente mercantilización+despolitización, ha privatizado y excluido de las instituciones reguladoras del contrato social una gran parte de los conflictos contemporáneos, no solo aquellos estrictamente privados, también una buena parte de los que antes eran considerados conflictos claramente políticos; una consecuencia de este último elemento es la creciente judicialización de la cotidianeidad, resultado de la privatización de los conflictos y su desplazamiento del ámbito público (político) a un ámbito privado (mercantilizado y sujeto a exigencias contractuales, por tanto).

En tercer lugar, nuestros sistemas políticos aparecen cada vez más sometidos a una lógica donde se articulan institucionales formalmente democráticas con un incremento del fascismo social a través de diferentes vías.

La condición débil de nuestras democracias ha sido profusamente mostrada y demostrada, lo que me importa en este punto es reseñar como la importancia de este factor en el encadenamiento que nos lleva a la emergencia del 15M. Por una parte, la crisis, como acelerador del compuesto político creado por la globalización ha quebrado esa expectativa de la democracia como proceso que aseguraba el control social por parte de las poblaciones de las cuestiones más trascendentes para su vida cotidiana.

La legitimidad democrática, el reconocimiento del poder y de sus obligaciones en nuestros sistemas, se intensificó en el modelo del estado de bienestar gracias al entrelazamiento de tres modos de concebir la misma: la legitimidad derivada del reconocimiento social de un poder, la legitimidad como adecuación a una norma o valores y la legitimidad producida por la mejora de las condiciones de vida para la mayoría.<sup>30</sup> Esa mezcla de procedimientos formales y sustantivos está en el corazón mismo de la fortaleza y aceptación popular de nuestros sistemas democráticos. Pero es esta articulación la que se ve asediada por la lógica implacable de los mercados y sus requerimientos a la política y a las instituciones.

Por una parte, los resultados de las elecciones ya no garantizan una representación fidedigna de los conflictos sustantivos en el seno de la comunidad política, ni tampoco los actores están

en condiciones de garantizar consecuentemente el cumplimiento de sus programas. La elección pierde así mordiente democrático y no va mucho más allá de permitir un procedimiento participado de elección de los gobernantes. Argumentar que esto es lo que la gente quiere pues sigue votando, no permite avanzar mucho en la explicación y sigue dejando el tema de la quiebra de la legitimidad intacto. Es necesario seguir indagando, entonces.

En segundo lugar, el neoconservadurismo versus neoliberalismo ha construido un imaginario de confrontación política extremadamente agresivo. La demonización del adversario se realiza desde perspectivas muy diferentes: administrativas (incompetentes); políticas (sin proyecto); morales (indignos e inmorales); religiosas (sin dios y por tanto sin límites); éticas (favorables a la muerte de inocentes); formativo-cognitivas (iletrados, ignorantes, no están en la realidad) y por supuesto identitarias (estar contra la reforma laboral o contra la política de ajustes es estar contra la patria). Cualquiera de ellas por separado o la suma de algunas de ellas o de todas, hace inviable pensar la comunidad política en su conjunto y, por supuesto, hace incluso imposible considerar que hay, siquiera, unas reglas del juego compartibles, que marcarían territorios que no podrían sobrepasarse. Esta permitido hacer trampas si ese recurso permite ganar al enemigo (nada de adversario).

Junto a esto, como antes comentábamos, encontramos la pérdida de empatía de las clases dirigentes respecto a la suerte del conjunto de la ciudadanía. El estado del bienestar construyó una relación «necesaria» entre los de arriba y los y las de abajo a través, básicamente, de la ampliación de la democracia, la politización de los conflictos y la justificación moral de la política fiscal. La privatización producida de manera consciente por el neoliberalismo más el discurso que responsabiliza a cada individuo singular por su suerte, ha liberado a las clases dirigentes de cualquier responsabilidad moral por el devenir de sus sociedades. Una religión dócil con los poderosos ha completado la auto-justificación para los despropósitos y para un estilo de vida que parece insultante frente a los sufrimientos de la mayoría y que es, simplemente, indiferente respecto a su suerte. El neoliberalismo ha estigmatizado a los perdedores e invisibilizado a los pobres. Esta situación es la que ha permitido a Warren Buffet, multimillonario norteamericano cuya fortuna se estima en 52 mil millones de dólares, afirmar que: «se ha desatado una auténtica guerra de clases y la van ganando los míos». Y esta es la situación que explica que directivos, cuya gestión es directamente responsable de millones de pérdidas en sus empresas, sigan al frente de las mismas embolsándose suculentos salarios y extras, sacados directamente de los fondos de rescate pagados desde el erario público.

Por último, el uso de la reserva de legitimidad democrática de las instituciones para imponer las decisiones previamente tomadas y al servicio de las exigencias de los mercados, devalúa el contenido mismo del procedimiento democrático y rompe ese eslabón de oro entre la democracia y el bienestar que hizo de éstas regímenes estables e inclusivos.

El deterioro de la legitimidad democrática tiene graves implicaciones en términos de convivencia y de cohesión social. La legitimidad es esa «institución invisible» que garantiza una relación sólida entre gobernantes y gobernados. Como dice Rosanvallon<sup>31</sup>: «Si bien la legitimidad es, en el sentido más amplio de la expresión, un simple economizador de coerción, su variante democrática tiene como función más exigente la de tejer lazos constructivos entre el poder y la sociedad. Contribuye a dar cuerpo a lo que constituye la propia esencia de la democracia: la apropiación social de los poderes. La legitimidad democrática produce un movimiento de adhesión de los ciudadanos indisociable de una sensación de valorización de ellos mismos».

Esta quiebra de la legitimidad está en el corazón de la crisis de representación que minimiza el papel de la política y la somete a los dictados de fuerzas en la periferia del sistema político.

Y es un factor explicativo importante para entender las demandas de repolitización y redemocratización que se han mostrado desde el 15M.

El ascenso del fascismo social es la otra cara de ese deterioro de la cultura democrática y de la emergencia de poderes salvajes que imponen una lógica de exclusión en determinadas áreas. Fascismo social es el mantenimiento de una estructura formalmente democrática pero de prácticas institucionales y políticas que vacían de sentido el contenido material democrático de las constituciones. Cuando hablamos de contenido material democrático hablamos de la apropiación social de poderes facilitada por el sistema democrático. La aparición de esas formas de fascismo social, de exclusión y expulsión del contrato social deja la constitución reducida a un cascarón formal, frágil y manipulable.

Ningún otro régimen como el período de gobierno berlusconiano podría ejemplificar mejor hasta que punto se ha llegado en la colonización del estado por intereses privados y en el deterioro crónico del funcionamiento de los sistemas democráticos. La esperpéntica vida del *cavaliere* formaba parte, también, de una forma de política-espectáculo que disfrazaba, tras los ropajes del absurdo y de la caspa, el asalto a los recursos económicos y políticos del estado de derecho por parte de una minoría que se considera dueña del país. Paolo Flores D'Arcais<sup>32</sup> define así la situación: «el régimen de Berlusconi no es el fascismo. Pero indudablemente es una forma nueva e inédita de destrucción de las instituciones democráticas-liberales y de la ética pública mínima que la sustenta». Ahora bien, advierte que si bien el berlusconismo no es todavía el fascismo eso no debiera tranquilizarnos en exceso. Y que, desde luego, hay otros modos posibles de enterrar la convivencia democrática.

## 5. Un movimiento inesperado: el 15M<sup>33</sup>

La aparición del 15M causó una cierta conmoción. Lo hizo por que su potencia y masividad fue completamente inesperada. Se ha argumentado que el 15M surge como un acumulado de protestas<sup>34</sup> donde confluyen varias experiencias y movimientos: el movimiento V de Vivienda digna; Juventud sin Futuro; ATTAC; el movimiento universitario contra Bolonia y otros. Pero si bien esto nos ofrece una pista importante para interpretar la «densidad» del 15M, su trabajo en red, debemos admitir que esta «presencia colectiva» es mucho más que la suma de esas experiencias y que, desde luego, su éxito no puede explicarse a partir de esa suma.

De hecho había otras experiencias que sin participar de manera directa en la convocatoria de la primera manifestación, habían alimentado en la periferia del sistema político, la cultura de resistencia, el trabajo en red, la densificación del tejido asociativo crítico y un funcionamiento radicalmente democrático. Podríamos mencionar el movimiento okupa, el movimiento ecologista y movimientos urbanos de diferente tipo: asociaciones de consumo sostenible; experiencias de uso alternativo de espacios urbanos; redes de pensamiento alternativo (fundaciones, institutos, universidades no formales pero también formales, editoriales, revistas etc..). Sin este tejido la difusión del 15M hubiera sido incomprensible, pero la existencia de este tejido no es la explicación sobre el surgimiento del 15M.

Aunque pueda parecer un asunto sin mucha trascendencia, me parece importante destacar su condición de movimiento inesperado. Pese a que algunos autores defienden que la masividad de la protesta «se palpaba en el ambiente tres días antes»<sup>35</sup> creo que una cosa es constatar la difusión extensa de la protesta por las redes sociales y por las organizaciones a las que antes hemos hecho referencia y otra distinta es deducir de aquí que la movilización sería cuantitativamente importante o que tendría esa repercusión mediática y social.

## 6. La estructura de oportunidades políticas y el 15M

Sin pretender abusar de la elasticidad del concepto, la propuesta inicial de Peter Eisenger (1973) y sistematizada después por Tarrow de «estructura de oportunidades políticas» nos puede ofrecer una referencia de interpretación a propósito de la emergencia de esta acción colectiva. Tarrow integró las diferentes aproximaciones teóricas a este concepto escogiendo como variables significativas: el grado de apertura o cierre del sistema político y la capacidad de este para gestionar nuevas demandas; el nivel de inestabilidad o no de las alianzas políticas; la posición estratégica de aliados poderosos y los conflictos políticos entre las élites. Entendida esta articulación no como un modelo que produce movilización colectiva, «sino como una serie de claves para prever cuándo surgirá la acción colectiva, poniendo en marcha una cadena causal que pueda finalmente conducir a una relación mantenida con las autoridades y, por tanto, los movimientos sociales»<sup>36</sup>.

Por lo que hace al grado de apertura y cierre del sistema político y a la capacidad de éste para gestionar y tramitar los conflictos políticos, conviene insistir en el modo en el que las fuerzas políticas conservadoras a través de la propuesta neoliberal en primera instancia (una propuesta de ruptura radical con el consenso socialdemócrata), y del programa neoconservador después (una nueva agenda y un nuevo consenso) han hegemonizado la explicación del nuevo mundo. Su capacidad ha consistido en construir un marco de referencia cultural-político que ha hecho inteligible para las mayorías -en clave conservadora- los nuevos problemas y los nuevos desafíos. La naturaleza de este dominio es de tal magnitud, que los conservadores se han asegurado su poder incluso «si milagrosamente el libre mercado fracasa, si su libertarismo no aporta nada concluyente y si su “nueva economía” se hunde».<sup>37</sup>

La consolidación de esta hegemonía neocon ha contribuido a reforzar una *Zeitgeist*, un «espíritu del tiempo» que refuerza este dominio poderoso de la racionalidad política del capitalismo de nuestros tiempos.

Conviene recordar que la resistencia cultural y política de los partidos reformistas tradicionales ha sido más bien escasa y, de hecho, ha contribuido a la extensión de un ideario que, a la postre, se vuelve contra sus propios intereses políticos. La impugnación del modelo vino desde una combinación de lo social y lo extrapolítico: el movimiento alterglobalizador, en primera instancia. Su éxito mayor, precursor ineludible del movimiento de los indignados, fue abrir una grieta en la, aparentemente, amurallada lógica explicativa del modelo y crear un instrumento político y social que podría haber sido una plataforma de reconstrucción programática de la izquierda social y política alternativa. Este movimiento y su correlato internacional, el Foro Social Mundial, fueron los últimos movimientos posibles bajo el paraguas del contrato social socialdemócrata.

Esto significa que hay varias puertas de salida para el malestar creciente en nuestras sociedades. La desafección a la política, la matriz conservadora del sentido común hegemónico y la crisis de la representación política hacen posible escenarios neopopulistas de diferente signo.

A mi juicio la crisis económica ha actuado como catalizador de este compuesto político-cultural tan inestable e impredecible. Por una parte, ha consolidado la idea de la pérdida de relevancia de la política y de la dinámica política.

Esta desafección se ha sumado a la evidencia de que la gestión de la mayor crisis económica desde hace 80 años se hacía, con rotundidad, en interés del sistema financiero, es decir, de los responsables mismos de la crisis y de una exigua minoría en detrimento de los intereses de la mayoría. El inmaculado lienzo de la explicación natural y despolitizada de los procesos se agu-

jereaba dejando al descubierto las vergüenzas de la economía de mercado. La concentración de esfuerzos por parte de las clases dominantes para debilitar, hasta hacerlo irreconocible, el edificio de las políticas públicas universales, ha sido leído por una parte de la sociedad, como un línea roja cuyo rebasamiento hace inútiles las viejas convenciones del conflicto político.

Por último, la Unión Europea se ha sumado al panel de instituciones que promovían en la misma dirección y con parecida intensidad, la intervención en la crisis. Su papel o ha influido o no ha diferido del de los gobiernos nacionales. Incluso estos han utilizado como coartada las exigencias de la UE para explicar ante sus poblaciones la inevitabilidad de sus políticas de ajuste. La UE, de este modo, cerraba el espacio de salidas institucionales. El mensaje que llegaba a las poblaciones era –machaconamente repetido–, el compromiso de las institucionales nacionales e internacionales con una gestión de la crisis al servicio de intereses minoritarios. La ausencia de esperanza en la política formal alimentaba una indignación que hará de la crítica a la política un elemento singular de su identidad.

El resumen de esta parte podría ser el siguiente: la crisis económica ha sido ese cambio, imprescindible, en el sistema político que ha modificado las reglas del juego y ha promovido una respuesta social en aquellos sectores directamente concernidos por la misma. Los cambios han modificado la percepción de la situación, han puesto de manifiesto contradicciones entre los sectores dominantes y han favorecido los discursos que impugnan el modelo de gestión de la crisis. Por otra parte, el factor ético y moral ha sido muy importante para entender la emergencia del 15M, la indignación como argumento y como identidad solo se explican sobre la base de esta percepción general de que la gestión de la situación de crisis servía a intereses minoritarios y soslayaban intereses generales, cuando no se despreciaban abiertamente. En este punto la corrupción política generalizada y la impunidad judicial asociada y la seguridad de que entre la política profesional y el mundo de las empresas existen puertas giratorias permanentemente en uso, ha alimentado este Estado de ánimo que tan importante papel ha jugado en la activación de la protesta.

## **7. La relevancia del factor generacional**

Hay un factor cognitivo-generacional que debe considerarse: hablamos de que se ha movilizó, en primer instancia, la generación internet que suma a su uso regular de este nuevo «universo»<sup>38</sup>, unos niveles de formación que cumplen un papel subjetivo de primer orden en la protesta: son conscientes del significado y contenidos de la misma. Este factor es de vital importancia para comprender la novedad del movimiento y la potencia simbólica de su denuncia. Y sugiere tres conclusiones tentativas: en primer lugar, pone en cuestión las tesis que han enfatizado el exceso de emotividad de este movimiento frente a la necesaria templanza y racionalidad de la acción política. La complejidad de la organización durante la ocupación de las plazas; el mantenimiento de la condición pacífica del movimiento en todo momento; un compromiso con una cultura cívica (limpieza de la plaza, prohibición de botellones etc.) convertida en una opción estratégica de interacción con la ciudadanía. Estas evidencias se compadecen mal con la idea de un movimiento descabezado o falta de reflexión.

En segundo lugar, la participación de un público joven (no adolescente) bien formado y con uso masivo de internet ha multiplicado el efecto difusión de las iniciativas y actividades vinculadas al 15M, también ha diversificado las voces y ha consolidado la imagen del 15M como una «marca». Es la idea de franquicia: un paraguas que ayuda a referenciar las diferentes iniciativas, aun cuando éstas gozan de una importante autonomía.

En tercer lugar, el movimiento de los indignados ha cumplido con creces algunos de los objetivos que deben satisfacerse para asegurar la visibilidad y proyección del movimiento: ha denunciado y señalado responsables; ha enunciado los problemas en términos de justicia y su resolución en clave ciudadana, no corporativa. El conjunto de motivos que activaron la protesta y que se convirtieron, ulteriormente en un abanico de propuestas y acciones, incorporaba: la denuncia del papel de los bancos (esto no es una crisis, es una estafa); la lucha contra la corrupción; la denuncia de la clase política y de la corrupción; el rechazo a las condiciones precarias de trabajo y de salario; el papel de la UE; la denuncia de la condición injusta del sistema electoral y la exigencia de su reforma; el papel deliberadamente partidista de los medios de comunicación y su alejamiento del ideal de objetividad y neutralidad; que la crisis la paguen sus responsables.<sup>39</sup>

## 8. Las propuestas del movimiento<sup>40</sup>

Las propuestas del 15M dan cuenta de una agenda que no puede interpretarse como un programa electoral ni como una agenda coherente de cambio. Lo más interesante tiene que ver, a mi juicio, con el modo y manera en que ese programa fue elaborado: mediante un ejercicio intenso de deliberación democrática basada en multitud de asambleas sectoriales.

Las propuestas del movimiento hacen referencia a los siguientes aspectos:

- Eliminación de los privilegios de la clase política
- Contra el desempleo
- Derecho a la vivienda
- Servicios públicos de calidad
- Control de las entidades bancarias
- Fiscalidad
- Libertades ciudadanas y democracia participativa
- Reducción del gasto militar

Destacan sobre todo los aspectos relacionados con una gestión alternativa de la crisis (al menos en algunos aspectos, porque no hay nada sobre política económica); medidas de control sobre las instituciones responsables de la crisis (los bancos, especialmente); una reforma de radicalización democrática de la democracia y la defensa de algunos derechos básicos.

La ingenuidad programática de algunas propuestas han alimentado la idea de la ausencia de reflexión estratégica del movimiento, o incluso la ausencia de propuestas. Pero esto es medir la significación de un movimiento mediante un indicador adecuado solo para otros actores. La identidad del movimiento está construida alrededor de un eje moral: la indignación, el estupor por la situación, convertido en acción política. Y este es su valor fundamental: la politización de la indignación, la voluntad de encontrar una salida desde la «política» a la situación de crisis y a su gestión.

Desde este punto de vista y considerando también las propuestas, se pone de manifiesto la rigidez del actual sistema político y económico, sus dificultades para dar cabida y canalizar el rechazo a la gestión de la crisis. La propia ingenuidad de algunas propuestas pone de manifiesto hasta que punto el sistema político se ha blindado frente a las demandas ciudadanas.

Por último, el movimiento, a través de sus propuestas llama la atención sobre la crisis de legitimidad en ciernes que puede afectar severamente a nuestros sistemas políticos. El uso de la reserva de legitimidad democrática de las instituciones para imponer las decisiones previamente tomadas y al servicio de las exigencias de los mercados devalúa el contenido mismo del procedimiento democrático y rompe ese eslabón de oro entre la democracia y el bienestar que hizo de éstas regímenes estables e inclusivos.

El deterioro de la legitimidad democrática tiene graves implicaciones en términos de convivencia y de cohesión social. La legitimidad es esa «institución invisible» que garantiza una relación sólida entre gobernantes y gobernados. Como dice Rosanvallon: «Si bien la legitimidad es, en el sentido más amplio de la expresión, un simple economizador de coerción, su variante democrática tiene como función más exigente la de tejer lazos constructivos entre el poder y la sociedad. Contribuye a dar cuerpo a lo que constituye la propia esencia de la democracia: la apropiación social de los poderes. La legitimidad democrática produce un movimiento de adhesión de los ciudadanos indisociable de una sensación de valorización de ellos mismos».<sup>41</sup>

Esta quiebra de la legitimidad está en el corazón de la crisis de representación que minimiza el papel de la política y la somete a los dictados de fuerzas en la periferia del sistema político. Y es un factor explicativo importante para entender las demandas de repolitización y redemocratización que se han mostrado desde el 15M.

Por otra parte, el encorsetamiento formal del sistema político hace que las prácticas intensamente democráticas del movimiento, operen simbólicamente como un golpe a la naturalización de los procesos políticos y económicos (el famoso *That is not alternative*, de Margaret Thatcher en sus diferentes versiones). En las plazas de casi todas las ciudades españolas se ha vivido un ejercicio de socialización política a través de prácticas intensamente democráticas desconocido desde el comienzo mismo de la transición política.

La acción colectiva irrumpió, así, con un contenido radicalmente democrático y de fuerte impronta reformista. A diferencia de otras prácticas políticas que han impugnado la política en nombre de fórmulas «más genuinas» de representación como el neopopulismo tanto en su variante de izquierdas como de derechas (liderazgos casi divinos o fórmulas organicistas, entre otras), este movimiento ha reivindicado el retorno a valores originarios de nuestros sistemas democráticos, aderezados con incrustaciones visibles de democracia directa o participativa. El mismo movimiento ha operado, en su espacio de toma de decisiones, mediante procedimientos que han actualizado el debate sobre la representación y la participación: la centralidad de las asambleas en la toma de decisiones; las prácticas deliberativas in extenso (decisión mediante consenso); la renuncia al mecanismo de mayorías-minorías para determinar las decisiones; la práctica de mecanismos expresivos que generan inclusión y no exclusión (los ya famosos gestos con las manos de aprobación, rechazo etc.).

Desde esta perspectiva tanto la crítica a la política como las demandas de democratización son claramente republicanas y alternativas en un sentido intenso de la expresión y aparecen amparadas por un ejercicio de práctica democrática que ha convocado a miles de personas.

## **9. La ubicación del movimiento en el eje izquierda-derecha**

El impacto del movimiento puso de relieve la fragilidad de los consensos en la coalición dominante que dirigía (y dirige) la gestión de la crisis. Y, más importante, evidenció un profundo

malestar social intergeneracional e interclasista que se reconocía en diferentes caras del prisma de la desafección y el desencuentro.

Esta condición plural del movimiento se refleja, por ejemplo, en el altísimo apoyo a su existencia. Tanto la encuesta realizada por Metroscopia como la del Centro de Investigaciones Sociológicas (junio 2011, número 2905), ofrecían cifras de apoyo al 15M de casi el 80 por 100 de los españoles. Lo que implica una transversalidad política que ha podido generar la impresión de un movimiento fuera del eje «izquierda-derecha».

El mismo movimiento en su Manifiesto original sugiere la indignación como identidad-reconocimiento más allá del autoposicionamiento político: «Somos personas normales y corrientes. Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para estudiar, para trabajar o para buscar trabajo, gente que tiene familia y amigos. Gente que trabaja duro todos los días para vivir y dar un futuro mejor a los que nos rodean. Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes, otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos...»<sup>42</sup>.

Sin embargo, el estudio de las propuestas a las que antes hemos hecho referencia cruzado con la variable de auto-posicionamiento político<sup>43</sup> nos ofrece una visión claramente diferente.

En primer lugar, los participantes en el 15M no tienen inconveniente en posicionarse en el eje izquierda-derecha (en niveles significativamente más altos que la media de la población). Y cuando lo hacen, lo realizan de un modo inequívocamente de izquierdas. La media de la ideología de los participantes en el 15M es de 2,84 frente a un posicionamiento ideológico del conjunto de la población es de 4,56. Es decir, los y las participantes del 15M se autodefinen como claramente de izquierdas en ese eje de reconocimiento.

El contenido de las propuestas señala una orientación marcadamente progresista. Medidas como: la seguridad en el empleo prohibiendo despidos en empresas con beneficios; prohibición de los rescates bancarios; dación en pago; contratación de personal sanitario y educativo por parte del Estado; expropiación estatal de las viviendas en stock; prohibición de las SICAV etc...dan cuenta de propuestas claramente posicionadas en la izquierda política.

Por otra parte, la recusación de la legitimidad y oportunidad del 15M ha venido, habitualmente, de la derecha política que se ha sentido inmediatamente desafiada. La Presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, señaló el camino del cuestionamiento al afirmar que en el 15M latían las pulsiones de los regímenes totalitarios<sup>44</sup>.

En resumen, aunque el movimiento ha tenido una aceptación claramente transversal y los organizadores del movimiento han perseguido alejarse de las etiquetas izquierda-derecha, el análisis de la variable autoposicionamiento más el análisis del contenido de las propuestas del 15M, así como las reacciones diferentes en las organizaciones políticas, dicen de un movimiento claramente orientado a la izquierda.

## **10. Una valoración politológica del 15M**

El 15M ha merecido un juicio severo desde muchos lugares atendiendo a su falta de concreción y a que, finalmente, su incidencia en términos sustantivos ha sido muy limitada. Apenas el asunto de la dación en pago (para el caso de las hipotecas impagadas) se ha visto reflejado en un cambio normativo de escasa relevancia dada la magnitud del problema.

Pero esto parece una manera muy exigente y poco matizada de valorar la importancia de un movimiento social.

En primer lugar la relación de los movimientos sociales y la acción colectiva sobre la política puede medirse a través de su incidencia simbólica, esto es, a partir de su capacidad para modificar el imaginario colectivo o la percepción social mayoritaria respecto a determinados problemas significativos de la agenda política y social. A menudo los movimientos cumplen un papel esencial a la hora de cambiar la valoración de la sociedad sobre un determinado aspecto. Solo con posterioridad ese factor de cambio en el imaginario colectivo se sustancia en normas que, de manera efectiva, cambian la vida de las gentes.

Es el caso del movimiento ecologista, feminista, okupa etc... Los cambios en la legislación medioambiental o en políticas públicas de igualdad han necesitado décadas de activismo antes de producir cambios normativos de relieve.

En lo que hace al 15M sus logros en este apartado de la incidencia simbólica son incuestionables: la indignación organizada ha generado un nuevo imaginario y un nuevo sentido común sobre la crisis, sobre quienes son sus responsables y una evaluación en términos de justicia sobre las medidas concretas de los gobiernos.

Este es un valor duradero que debe ser enfatizado e, insistimos, es común a la mayoría de movimientos y a la acción colectiva conflictual que el tránsito del cambio en el imaginario a la aprobación de las leyes lleve su tiempo. No hay ningún automatismo entre la ocupación del espacio público y cambios normativos sobre los temas concernidos por la acción colectiva.

En segundo lugar, el 15M ha alterado el funcionamiento de los otros actores políticos y de las instituciones mismas. Si recordamos lo que decía el PSOE en el gobierno y lo que afirma en la oposición sobre temas como: la reforma laboral; los beneficios bancarios; la justicia del sistema fiscal; la reforma del sistema electoral; la dación en pago; el papel de lo público y su relación con la economía de mercado, encontraremos en todos ellos el eco cercano, muy cercano incluso, de las demandas del movimiento de los indignados.

Esta vinculación es aun más obvia para el caso de Izquierda Unida y otras fuerzas de la izquierda alternativa periférica (Compromís en el País Valencià o la coalición del Bloc e Iniciativa en les Illes Balears, Equo o los Verdes), cuyos programas electorales para las elecciones autonómicas de 22 de mayo de 2010 o generales de noviembre de 2011 han recogido de manera directa enunciados y formulaciones del mismo 15M.

Como decíamos antes, la condición transversal del apoyo a esta «presencia colectiva» ha obligado a todos los actores a actuar con contención y con voluntad de integración. Formalmente, ningún partido se ha posicionado contra el 15M, ni siquiera el PP.

Aun cuando la valoración positiva del 15M tiende a descender a medida que la escala ideológica se desplaza hacia la derecha, habría que reseñar que los niveles masivos (esperados en este caso) de apoyo en la escala 1-4 (entre la izquierda extrema y las fronteras del centro político) llegan al 84 por 100; en el centro del espectro político (5/6 en la escala de 1 a 10), ese apoyo sigue estando en el 68 por 100<sup>45</sup>. Si lo medimos en términos de recuerdo de voto<sup>46</sup>, la visión positiva del 15M alcanza un 86,6 por 100 de los votantes de IU-ICV y un 80,6 por 100 de los votantes en el PSOE, pero un 55,2 por 100 de los votantes en el PP. En todos los casos, el apoyo al 15M se encuentra por encima del 50 por 100 de los votantes, incluido el Partido Popular.

La conclusión sería que ninguna fuerza quiso/pudo colocarse frente a la marea 15M –al menos

en sus primeros momentos- y que una parte de sus agendas se han modificado para tratar de salir al encuentro de este movimiento.

Es en términos sustantivos, donde el 15M ofrece, hasta el momento, resultados menos tangibles. Como decíamos, solo la dación en pago ha conocido un cambio normativo promovido desde el actual partido en el gobierno, que ha sido rechazado por el movimiento mismo.

Pero podríamos decir que para un movimiento tan joven el saldo, hasta ahora, es enormemente significativo.

El 15M ha tenido una importancia mayúscula en términos simbólicos e institucionales y menos importante en términos sustantivos. Pero los dos primeros son factores muy dinámicos que siguen modificando la realidad y que alteran el curso de los acontecimientos. Es decir, su incidencia no ha terminado aún y el estudio de su evolución sigue siendo pertinente.

### **11. Una comparación con mayo del 68**

El contenido mismo de las protestas y su enunciado en términos de propuesta llaman la atención en comparación con otras movilizaciones comparables, especialmente mayo del 68. Hay muchas diferencias contextuales que dificultan la comparación, pero si nos atenemos a los contenidos podríamos formular una primera aproximación marcada por el tiempo histórico: el período dorado del Estado del bienestar en el primer caso; el fin del contrato social keynesiano en el segundo. Frente a las perspectivas posmateriales e incrementales del primero, el retorno a los temas de seguridad económica del segundo. Frente a la demanda de apertura del sistema político y «ampliación de la política» del 68, la exigencia ingenua de que, simplemente, la política y la democracia cumplan su papel. Las asimetrías parecen evidentes y nos inducen a enunciar que estaríamos hablando, en el primer caso, de un movimiento ofensivo y en el segundo, de uno defensivo.

Pienso que esta comparación se merece un poco más de atención. Del 68 se ha hablado in extenso, de sus virtudes y sus límites. La distancia ofrece, además, una perspectiva histórica que ayuda a aquilatar mejor su incidencia. En el caso del 15M la proximidad y su condición incipiente hacen más difícil esta aproximación. No obstante, sí podemos afirmar que el tiempo histórico marca una diferencia profunda de expectativas. Para el caso del 68 el horizonte de cambios podía alargarse, incluso, hasta el socialismo, incluso cuando era evidente que el movimiento mismo no se identificaba con el socialismo realmente existente (ni en su versión socialdemócrata ni en la comunista). Pero esta perspectiva de cambio sistémico sugiere que el movimiento consideraba superables los límites social y políticamente existentes en ese momento.

Para el caso que nos ocupa, el efecto combinado de la globalización más la crisis y sus consecuencias en términos económicos, sociales y políticos está detrás, justamente, de la radicalidad democrática de la protesta y también de su contenido de reformismo fuerte. Tanto en el ámbito económico como en el político se han enunciado denuncias y formulado propuestas con una elevado contenido reformista. Puede argumentarse, razonablemente, que parte de esta condición rupturista tiene más bien que ver con el estrechamiento del horizonte de reformas dentro del propio sistema. Pero, siendo esto cierto, no modifica el diagnóstico sobre el hecho de que las propuestas, de llevarse a cabo, reconstruirían el sistema dando lugar a una nueva situación.

## 12. El devenir del movimiento

No es fácil hacer predicciones sobre la evolución del movimiento. Creo que los factores estructurales que están en el origen de este movimiento persisten y lo seguirán haciendo en el corto y medio plazo. Entiendo que también persistirán los factores organizativos y subjetivos que ayudaron a hacer emerger la protesta en las formas y modos que conocemos.

Ahora bien, ha cambiado la estructura de oportunidades. La victoria del PP en las pasadas elecciones generales y las políticas de ajuste duro pueden ofrecer protagonismo a otros actores más institucionalizados (los sindicatos). Es muy probable que vivamos un doble movimiento de fragmentación y encuentro de las protestas. Diversificación, porque los sectores afectados por las políticas de recortes son cada vez más, pero encuentro, porque prácticas como la huelga general y la intervención de actores como los sindicatos, o el traslado a las instituciones de una parte de la agenda del 15M, de lugar a la aparición de otras prácticas más estratégicas e inclusivas. En este contexto más dinámico y complejo no es fácil que el 15M encuentre un perfil específico. Puede verse tentado a intentar conseguirlo sobre la base de un juego de acercamiento y diferenciación a los conflictos emergentes (como en el caso de la huelga general del 29 de marzo de 2012, donde el 15M propuso un itinerario diferenciado y de encuentro respecto a la de los sindicatos). En este escenario, el movimiento ha perdido la iniciativa estratégica y ve condicionada su agenda por otros actores. No es fácil persistir como actor político significativo.

El movimiento ha intentado, con escaso éxito, estabilizarse y darse continuidad con su extensión organizativa a los barrios de las ciudades. Puede, no obstante, intentar mejorar su situación organizativa, o bien, puede intentar constituirse como movimiento organizado y estructurado. Una buena parte de los mileuristas o de los nimileuristas, en fin, del nuevo *precarizado*<sup>47</sup>, puede encontrar más cómodo y accesible la participación en la dinámica 15M que en la estructura de otros movimientos.

En todo caso, creo que lo más significativo respecto al 15M es que inaugura un nuevo ciclo de protesta<sup>48</sup>. La articulación de nuevas oportunidades políticas y la propia acción de los movimientos ha situado en un nuevo contexto la respuesta social a la crisis económica. Todo parece indicar que la crisis y sus efectos serán duraderos y no se vislumbra el momento de un cambio a mejor. Por otra parte, persisten las políticas que han sido impugnadas por el 15M y por otros actores. Por último, la politización de la crisis económica ha sacado la gestión de la misma del espacio de las decisiones inevitables y la ha convertido en una elección ubicable en el eje izquierda-derecha.

La incidencia del 15M ha facilitado la apertura de otras organizaciones (sindicatos, en primer lugar) a una respuesta más contundente frente a la gestión de la crisis, exigidas por las circunstancias y motivadas por los efectos de las políticas de recortes. La organización de la protesta en estas circunstancias será más plural y diversa. Probablemente, también, menos pacífica. El ambiente «buenrollista» propio del 15M y tan profusamente copiado y tergiversado por la publicidad<sup>49</sup> puede verse rápidamente sustituido por lógicas de confrontación más confrontacionales. La disputa por el espacio público puede adquirir tonos menos amables que los que conocimos en los mágicos meses de mayo, junio y julio de 2011 en nuestras calles y plazas.

La fuerza del movimiento de los indignados no radica en su capacidad propositiva, aunque la ingenuidad de algunos planteamientos no debería ocultar que el 15M ha señalado problemas que se han convertido, ya, en cuestiones relevantes de la agenda política.

Si consideramos estos factores, el 15M es claramente un síntoma, pero es mucho más que eso. Es un movimiento de reacción a un cambio de paradigma de consecuencias impredecibles. Las preguntas alrededor de su evolución y futuro tienen que tener en cuenta el contexto de conflicto estructural al que antes hemos venido haciendo referencia y su emergencia. ♦

### Agradecimientos

*Algunas de las ideas que aparecen en este artículo son el resultado de horas de debate, de reflexión y de conversaciones realizadas en el marco de la Universidad, con amigos/as y en espacios propios del compromiso político. Como es obligado decir, no hago a nadie responsable por mis errores o insuficiencias, pero reconozco la deuda intelectual con algunas personas en particular. No quiero dejar de mencionar a Juan Carlos Monedero, amigo y compañero con el que hemos compartido muchas de las ilusiones que aquí se expresan y algunas de las tristezas también. A Carlos Prieto del Campo por su fuerza y su optimismo sensato; A Isabel Wences por su inteligencia y generosidad; a José María Sauca por su capacidad para impulsar proyectos y movilizar ideas; a Antonio Natera y Joan Pere Font por animarme a escribir e investigar y prestarme su generoso apoyo; a mi hijo Jaime porque me enseña cada día a ser mejor y a Sara, mi compañera, porque hay mucho de ella en este texto.*

### Bibliografía

- BROWN, Wendy, «Nous sommes tous démocrates à présent», pags. 59-76, en VV.AA, *Démocratie, dans quel état?*, Ed. La Fabrique, Paris, 2009.
- BROWN, Wendy, *Les habits neufs de la politique mondiale. Néolibéralisme et Néoconservatisme*, Ed. Les prairies ordinaires, Paris, 2007.
- DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario, *Los movimientos sociales*, Ed. Complutense y CIS, Madrid, 2011.
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura, «Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferencia» en *El milenio huérfano, ensayos para una nueva cultura política*. Editorial Trotta/Ilsa, Madrid, 2005
- FRANK, Thomas, *Pourquoi les pauvres votent à droite. Comment les conservateurs ont gangé le coeur des États-Unis (et celui des autres pays riches)*. Contre-feux Agone, Paris, 2008
- JUDT, Tony, *Algo va mal*. Editorial Taurus, Madrid, 2010
- RAUNIG, Gerald, «Máquinas MayDay», pags.73-86, en *Mil máquinas. Breve filosofía de las máquinas como movimiento social*, (Trad. EXPÓSITO, Marcelo), Ed. Traficantes de Sueños, Madrid, 2008
- RODRIG, Dani, *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Ed. Antoni Bosch, Barcelona, 2011.
- ROSANVALLON, Pierre, *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2007.
- STRANGE, Susan, *La retirada del Estado*. Icaria Editorial, Barcelona, 2001
- SUBIRATS, Joan, *Otra sociedad otra política. De «no nos representan» a la democracia de lo común*, Ed. Icaria Asaco, Barcelona, 2011.
- TARROW, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Ed. Alianza ensayo, Madrid, 2004.
- TOURAINÉ, Alain, *Después de la crisis. Por un futuro sin marginación*, Ed. Paidós, Estado y Sociedad, Madrid, 2011.
- VELASCO, Pilar, *No nos representan. El Manifiesto de los indignados en 25 propuestas*. Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2011.

### Otras fuentes

Entrevista a Zygmunt Bauman, publicada en El País, 17 de octubre de 2011. [http://elpais.com/diario/2011/10/17/cultura/1318802401\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/10/17/cultura/1318802401_850215.html)

Fundación Alternativas, ZoomPolítico, Especial 15-M (2011/4), página 15.

Estudio CIS 2905, julio 2011.

Página Web de Democracia Real Ya: <http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/>

### Notas:

<sup>1</sup> Publicado como artículo en: Chaves Giraldo, Pedro; Prieto del Campo, Carlos; Ramírez Gallegos, René (editores) (2013); *Crisis del capitalismo neoliberal, poder constituyente y democracia real*. Traficantes de sueños. Madrid.

<sup>2</sup> Utilizo la definición de Tarrow sobre ciclo de protesta: «Fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades», Sidney Tarrow, (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (2ª edición), Alianza Ensayo, Madrid, pp. 202-203.

<sup>3</sup> Alain Touraine (2011), *Después de la crisis. Por un futuro sin marginación*, Paidós, Estado y Sociedad. Madrid

<sup>4</sup> *Idem*, página 29. Con la desaparición de los actores, Touraine se refiere a la desaparición de sujetos colectivos, articuladores de demandas, representantes de conflictos en una sociedad.

<sup>5</sup> Pierre Rosanvallon, (2007), *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Editorial Manantial. Buenos Aires.

<sup>6</sup> Entrevista con Zygmunt Bauman en El País, 17 de octubre de 2011. [http://elpais.com/diario/2011/10/17/cultura/1318802401\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/10/17/cultura/1318802401_850215.html)

<sup>7</sup> De Sousa Santos, Boaventura (2006), *Reinventar la democracia, reinventar el Estado*. Clacso Libros. Buenos Aires.

<sup>8</sup> Hay tantos casos de esa codicia incomprensible que es difícil rescatar alguno en particular, pero se me ocurre como especialmente memorable, el de Richard Fuld, entonces Presidente de Lehman Brothers, que contaba, en su mejor momento, hasta con seis jets privados, entre otras muchas propiedades. ¿Para qué demonios puede alguien necesitar seis jets?

<sup>9</sup> Wendy Brown (2009), «Nous sommes tous démocrates» en *Démocratie, dans quel état?* (VV.AA). Paris, La Fabrique Éditions, pp. 59-76.

<sup>10</sup> Esta es la paradoja de la globalización a las que se refiere Dani Rodrik en su libro: *La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial*, Antoni Bosch Editor, Barcelona, 2011.

<sup>11</sup> Concepto que usa Foucault y que Wendy Brown reinterpreta en su propuesta de interpretación del neoliberalismo, a mi juicio, con mucho sentido. Ver, Brown, Wendy (2007), *Les habits neufs de la politique mondiale. Néolibéralisme et Néoconservatisme*. Les prairies ordinaires. Paris.

<sup>12</sup> A. Etzioni, F. Fukuyama, S. Huntington, R. D. Putnam, T. Skocpol, M. Walzer *et al.*: «What We're Fighting For. A Letter From America», *The Washington Post*, 12 de febrero de 2002 .

<sup>13</sup> Ver nota 7, págs., 23 y 24.

<sup>14</sup> Para Bauman nuestra modernidad ha contribuido a asociar orden y capacidad de control. Estas dos palabras se convierten, hablando de biografías personales en previsibilidad y estabilidad. Hoy, para Bauman, «se diría que nadie controla el mundo. Peor aún, en estas circunstancias no está claro que significaría controlar», en Bauman, Zygmunt (2005), *La globalización, consecuencias humanas*. FCE, México DF.

<sup>15</sup> Ferrajoli, Luigi (2011), *Poderes salvajes. La crisis del Estado constitucional*. Editorial Trotta, Madrid.

<sup>16</sup> *Idem*, página 45 y ss.

- <sup>17</sup> Judt, Tony (2010), *Algo va mal*. (segunda edición), Editorial Taurus, Madrid. Página 77.
- <sup>18</sup> La síntesis más aguda sobre la verdad de este modelo político y económico dice que en estos países, todo lo que había de socialismo no era real y todo lo que había de real no era socialista. No se puede explicar mejor.
- <sup>19</sup> [http://www.oecd.org/document/51/0,3746,en\\_2649\\_33933\\_49147827\\_1\\_1\\_1\\_1,00.html](http://www.oecd.org/document/51/0,3746,en_2649_33933_49147827_1_1_1_1,00.html).
- <sup>20</sup> [http://www.ilo.org/global/publications/ilo-bookstore/order-online/books/WCMS\\_159594/lang-es/index.htm](http://www.ilo.org/global/publications/ilo-bookstore/order-online/books/WCMS_159594/lang-es/index.htm)
- <sup>21</sup> <http://reports.weforum.org/global-risks-2012/>
- <sup>22</sup> Frank, Thomas (2008), *Pourquoi les pauvres votent à droite. Comment les conservateurs ont gagné le coeur des États-Unis, ceux des autres pays riches*, Marseille, Agone.
- <sup>23</sup> *Ibid.*, p. 33. El texto en original en francés: «Votez pour interdire l'avortement e vous aurez une bonne réduction de l'impôt sur le capital. Votez pour que votre pays redevienne fort et vous aurez la décentralisation. Votez pour faire la nique à ces universitaires politiquement corrects et vous aurez la dérégulation de l'électricité. Votez pour que le gouvernement vous lâche un peu les baskets et vous aurez les conglomerats et les monopoles del médias et de l'agro-alimentaire. Votez pour résister au terrorisme et vous aurez la privatisation de la sécurité social. Votez pour mettre une bonne taloche à l'élitisme et vous aurez un ordre social au sein duquel les riches sont plus riches qui l'ont jamais été, les travailleurs dépouillés de tout pouvoir et les PDG rémunérés au-delà de toute imagination».
- <sup>24</sup> *Ibid.*, página 30.
- <sup>25</sup> Jacques Attali (2009), *¿Y después de la crisis qué...? Propuestas para una nueva democracia mundial*. Gedisa, Barcelona.
- <sup>26</sup> Para una aproximación a interpretaciones sobre la crisis: Varoufakis, Yanis (2012), *El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía global*. Capitán Swing, Madrid. También: Jeffrey Sachs (2012). *El precio de la civilización*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona.
- <sup>27</sup> Naomi Klein, (2007), *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona.
- <sup>28</sup> *Ibid.* nota anterior, página 26.
- <sup>29</sup> De Sousa Santos, Boaventura (2005), *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid. Trotta. Páginas 339 y ss.
- <sup>30</sup> Rosanvallon, Pierre (2010), *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*. Paidós Estado y Sociedad nº 176, Madrid, p. 25.
- <sup>31</sup> *Ibid.*, p. 31
- <sup>32</sup> Flores D'Arcais, Paolo (2010), «Fascismo y berlusconismo» en *Claves de la Razón Práctica* nº 208. Diciembre 2010. Editorial Progresia.
- <sup>33</sup> Esta parte del artículo ha sido publicada en la revista *Paideia*, en el número 94, mayo-agosto de 2012. Nuevamente, agradezco a los editores su gentileza al permitirme usar y difundir estas páginas en otros medios.
- <sup>34</sup> Velasco, Pilar (2011), *No nos representan. El Manifiesto de los indignados en 25 propuestas*. Temas de Hoy, Madrid.
- <sup>35</sup> *Ibidem* nota anterior, página 25.
- <sup>36</sup> Tarrow, Sidney (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza ensayo, Madrid.
- <sup>37</sup> Frank, Thomas (2008), *Pourquoi les pauvres votent à droite. Comment les conservateurs ont gagné le coeur des États-Unis (et celui des autres pays riches)*. Contre-feux Agone, Paris. página 30.
- <sup>38</sup> Joan Subirats ha insistido en el cambio cualitativo que implica internet. Lejos de ser una simple herramienta sofisticada estaríamos ante un nuevo paradigma: Joan Subirats, (2011), *Otra sociedad otra política. De "no nos representan" a la democracia de lo común*. Icaria Asaco, Barcelona
- <sup>39</sup> Fundación Alternativas, ZooMPolítico, Especial 15-M (2011/4), página 15.
- <sup>40</sup> Tomadas como referencia del Manifiesto de Democracia real ya y de la página web de democracia real ya a fecha 30 de marzo de 2012. <http://www.democraciarealya.es/documento-transversal/>

- <sup>41</sup> Rosanvallon, Pierre (2010), *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*. Paidós Estado y Sociedad nº 176. Madrid. Pág. 31.
- <sup>42</sup> <http://www.democraciarealya.es/manifiesto-comun/>
- <sup>43</sup> El auto-posicionamiento político se refiere a la ubicación de la población en el eje izquierda-derecha, considerando que el valor 1 se corresponde con aquellos que se autodefinen en la extrema izquierda y el valor 10 en la extrema derecha. El centro perfecto estaría, por tanto, en el valor 5. Los datos para esta parte del trabajo han sido extraídos del estudio que la Fundación Alternativas hizo sobre el 15M y que puede encontrarse en la web de esta Fundación con el nombre: ZooMPolítico, Especial 15-M (2011/4). He utilizado también la encuesta de Metroscopia para El País ([http://elpais.com/diario/2011/06/26/espana/1309039209\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/06/26/espana/1309039209_850215.html)) y el barómetro del Centro de Estudios Sociológicos 2905, de junio de 2011. Los resultados de los tres estudios arrojan resultados muy similares.
- <sup>44</sup> En rueda de prensa de 27 de septiembre de 2011, Esperanza Aguirre, presidenta de la Comunidad de Madrid del Partido Popular, refiriéndose al movimiento 15M, afirmaba que “bajo la apariencia de inocentes movilizaciones se esconde la deslegitimación de nuestro sistema representativo y, en definitiva, constituyen la semilla del totalitarismo”.
- <sup>45</sup> Estudio CIS 2905, julio 2011.
- <sup>46</sup> El recuerdo de voto hace referencia a una variable que nos informa sobre el voto de los encuestados en elecciones pasadas. Responde a la pregunta: “¿a quién votó usted en las últimas elecciones?”. Esta variable constituye la principal fuente de información sobre el comportamiento electoral de los encuestados y su cruce con otras variables genera información significativa sobre el posicionamiento del electorado sobre diferentes temas observados desde el voto a un determinado partido.
- <sup>47</sup> Este concepto, originalmente acuñado por la sociología francesa en la década de los 80 para referirse al sector de la clase trabajadora con condiciones laborales más frágiles o inestables (precarización del trabajo), fue retomado y amplificado en el otoño de 2006 en la sociedad alemana, a raíz de un estudio financiado por la Friedrich Ebert Stiftung –fundación del partido social demócrata alemán - que analizaba la sociedad en transformación y señalaba la emergencia de un estrato o clase social caracterizada por la alternancia entre contratos temporales y desempleo, unas limitadas redes familiares y escasa formación. Desde entonces, el concepto se ha empleado con diversas acepciones, llegando a abarcar no solo al estrato social de aquellos que *trabajan*, sino también al de los que *viven* en condiciones precarias. En este último sentido nos referimos aquí a “precariado”. Sobre este debate conceptual, ver entre otros, Gerald Raunig, «Máquinas MayDay», pp. 73-86, en *Mil máquinas. Breve filosofía de las máquinas como movimiento social*, Ed. Traficantes de Sueños, Madrid, 2008.
- <sup>48</sup> Utilizo la definición de Tarrow sobre ciclo de protesta: «Fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades», Sidney Tarrow, (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (2ª edición), Alianza Ensayo, Madrid, pp. 202-203.
- <sup>49</sup> Como ejemplo de la utilización y tergiversación de la “marca 15M” por parte de grandes multinacionales, véanse las campañas publicitarias lanzadas por Coca-Cola (<http://www.youtube.com/watch?v=5QY-bKnDI8JU>) y Movistar (<http://www.youtube.com/watch?v=EnheSUdO21M>) en el último trimestre de 2011. Véase igualmente el contra-anuncio anónimo creado en respuesta por simpatizantes del movimiento 15M, como ejemplo de las reacciones que ha supuesto: <http://www.youtube.com/watch?v=Z9fagh8RA70>